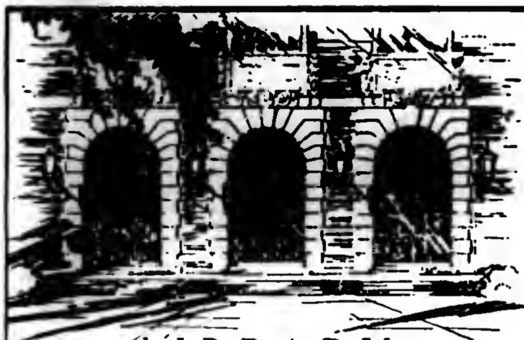


PARIS
LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET



POESÍAS INÉDITAS

MANUEL M. FLORES

POESÍAS INÉDITAS



LIBRERÍA DE LA V^DA DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida Cinco de Mayo, 45

1912



POESÍAS INÉDITAS DE MANUEL M. FLORES

La casa editorial que hoy publica el presente volumen ha tenido la fortuna de encontrar una serie de poesías inéditas del romántico poeta del Amor, serie tan considerable en excelencia y número como la que bajo el nombre de « Pasionarias » ha circulado desde hace años entre las almas inteligentes y apasionadas.

Después de muchos años la cálida y armoniosa voz del poeta que tras de haber pronunciado su evangelio amoroso parecía haber callado para siempre, vuelve á surgir iluminando y estremeciendo las almas con el eco de sus íntimos dolores y de sus inagotables esperanzas.

Y en estas épocas de ensimismamiento egoísta, de reconcentrada expectación, de dudas, de vacilaciones y de absoluta y desoladora atonía artística, la insinuante

voz del poeta de la Fe, de la fe en el amor y de la fe en la vida, evoca al resonar prestigiosamente, las palabras de La Bruyère : « El poeta debe hablar por sus contemporáneos que están mudos ».

Resonará tanto más prestigiosamente en el silencio actual cuanto que el concepto del amor ha venido amenguándose y no es ya el divino milagro antiguo á cuyo influjo se magnificaba el ser humano y se transmutaba la Naturaleza en un Paraíso.

La Alquimia romántica no pudo acrisolar en sus retortas esa otra piedra filosofal : los diamantes que ante sus ojos alucinados se irisaron espléndidamente son carbón y ceniza para el espíritu moderno que en sus frías introspecciones ha reducido el esplendoroso milagro á una serie de experiencias psico-fisiológicas que acompañan en inflexible paralelismo á otras funciones desconsoladoramente orgánicas.

Pero esas verdades conquistadas como fatales trofeos y atesoradas amargamente por las almas *d'élite* no han trascendido á nuestras mayorías, á la caravana que fascinada por un indistinto fulgor de astros en el remoto horizonte, sigue á través de las mediocridades de la vida, su marcha, una *Marche à l'étoile* rimada por las músicas del Ideal.

Para ellos y aun para los que retornaron del romántico paraíso con la boca llena de ceniza después de haber mordido los frutos de oro, será siempre un con-

suelo, hojear el Libro Dorado de la Leyenda romántica.

Aunque Rops el aguafortista sienta el amor en su sombría manera ¿quién verá con indiferencia ese grabado de Fragonard lleno de ímpetu apasionado y de lirísmo frenético que se llama : *El Juramento de Amor?*

Aunque el amor moderno se embarque en un paquebote fuliginoso y jadeante, ¿quién permanecerá insensible ante la ternura galante, ante la atmósfera voluptuosa y dorada del *Embarque á Citerea?*

Abran pues los lectores este libro, cofre lleno de recuerdos piadosos, de tiernos símbolos, de talismanes y de reliquias de amor. En sus epístolas se desvanecen, entre los renglones pálidos, juramentos que fueron escritos con sangre. Las flores secas que ahí duermen no han vuelto á renacer sobre la tierra. Las palabras que iluminaron la vida como astros siguen luciendo aún, después de la muerte como obstinados fuegos fatuos. En verdad las almas se entregaban, no en una vana y caprichosa unión, sino en un pacto eterno, sellado por la vida, á veces por la muerte. Y todos esos fantasmas que hoy pasan ante la amorosa piedad de nuestros ojos, no son hijos de la noche y de la luna, son sagrados porque un día amaron y vivieron una vida más luminosa y más fragante quizás que la que nosotros vivimos.

La vida de Manuel M. Flores, del poeta del Amor, es el símbolo y la esencia de su obra. Vivió entre un pro-

digioso deslumbramiento, con los ojos fascinados ante la luz y el amor y una trágica enfermedad cegó sus ojos. Pero ya sin ojos el Poeta no quedó á oscuras. Siguió ardiendo como una antorcha; irradiando como una lámpara milagrosa, enviando su luz como esos astros que ya muertos siguen proyectando sus fulgores en el espacio.

Penetrad á su obra y como en el recogimiento de una selva nocturna, bañada por la luna, escucharéis sin un cansancio, sin un desmayo, lleno de arrobamiento voluptuoso y de mística esperanza el canto apasionado del divino ruiseñor ciego.

José Juan TABLADA.

Octubre 1909.



POESÍAS INÉDITAS

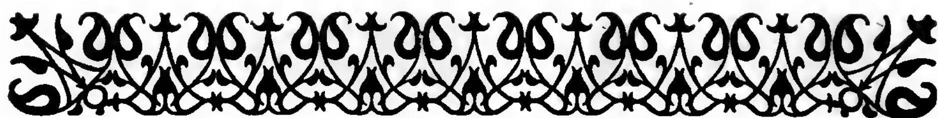


A C...

Un canto para ti, reina del canto... !
Ave canora que aprendió su trino
En las florestas del Edén divino
Para encantar la terrenal mansión.
Ofrecerte á ti versos...! Es lo mismo
Que ofrecerle la luz al claro día,
Flores á Abril, dulzura á la ambrosía,
Y azul, del firmamento á la región.
Mas no es á la poetisa, es á la amiga
Á quien dirijo mi sincero acento,
Á quien llevo una flor del sentimiento
En el día venturoso de su edad.
Acéptala como es, hermosa Carmen;
Es una pobre flor, una violeta
Desprendida del alma del poeta,
Y que pone á tus plantas la amistad.

Jalapa, Julio 1866.





Al Señor Don Jesús Soto, en la primera representación de su zarzuela : — « La Limosnera ».

Alza la modesta frente,
Artista de la armonía!
Que puro, suave, esplendente,
Tu gloria desde su oriente
Su rayo de oro te envía.

Tú, como chispa divina,
Llevas en tu corazón
Esa llama que ilumina
La senda por do camina
El poeta..... la Inspiración;

Inspiración que tú sabes
Traducir en el idioma
Con que canta la paloma,
Con que se entienden las aves,
Con que la fiera se doma.

Y que acaso has aprendido
Ya en el susurro del viento,
Ya en el magnífico ruido
Del torrente desprendido
De entre las rocas, violento.

De los pájaros cantores
Que cruzan la inmensidad;
Del arroyo entre las flores,
Ó de los vagos rumores
Que tiene la soledad.

Porque se esconde una lira
Que el mundo escucha y no mira,
Artista, en tu corazón;
Y vibra cuando la inspira
La poesía de la Creación.

Una corona primera
Obtienes en la carrera
De la gloria musical,
Y haces de tu LIMOSNERA
Dulce presente filial;

Y á quien debiste la vida,
Á quien le debes el nombre,
Le devuelves, escogida,
Una gloria merecida,
Un magnífico renombre.

Nosotros los que adoramos
Nuestra Méjico la bella,
Los que su dicha anhelamos
Y que un destino soñamos
De grandeza para ella;

Hoy al ver que nace aquí
Una gloria mexicana,
Sentimos orgullo, sí...
¡Honor á la Patria ufana,
Y laureles para ti...!

Que el que como tú blasona
De mexicano, ambiciona
Un noble lauro alcanzar,
Para dejar su corona
De la patria en el altar.

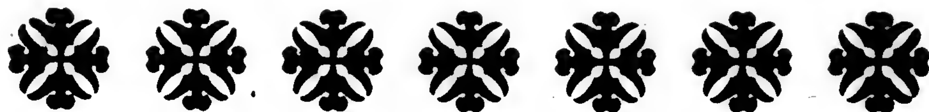
Salve á ti! Sigue robando
Al sonido melodía,
Sigue á la fama marchando,
Tu nombre al mundo arrojando
En un raudal de armonía.

Y alza tu frente serena,
Que bien merece la palma
De los triunfos en la escena
Quien, como tú, tiene llena
De noble ambición el alma.

Salve! Y al último paso
De tu vida transitoria,
Caiga tu nombre en la historia
Cual cae el sol en su ocaso,
Entre una nube de gloria!

Junio de 1869.





Á LOS JÓVENES QUE FORMAN LA SOCIEDAD « EUTERPE »

Salud, hijos del arte, salud! En vuestra frente
La aurora de la vida destella su arrebol;
Allí se agita inquieta la inspiración ardiente,
Allí pondrá la gloria los besos de su sol.
Vosotros sois el alma que se despierta hermosa
Como la flor que acaba sus pétalos de abrir;
Está vuestra esperanza, celeste mariposa,
Sus alas impacientes tendiendo al porvenir.
Y quieren vuestros ojos la clara luz del día;
Encierran vuestros pechos fervientes la inquietud;
Vosotros sois la vida, vosotros la alegría,
Vosotros el destino... pues sois la juventud!
La juventud! Qué altiva dilata su mirada,
El mundo contemplando pequeño á su ambición!
¡ Qué rica y generosa su sangre apresurada
Palpita en el latido que vibra el corazón!
Los sueños de la dicha, espíritus errantes,

Derraman en su frente las flores del Edén;
Las dulces ilusiones, cual vírgenes amantes,
Con besos acarician su pensativa sien.
La Juventud!... instante feliz de la esperanza;
La dulce primavera del corazón en flor;
Hora en que el alma, llena de inspiración, se lanza
Á yo no sé qué mundos de glorias y amor.
Dejad que el alma sueñe, dejad que el alma espere,
Y que su vuelo tienda del porvenir en pos!
La gloria del talento es gloria que no muere;
Nacida de la tierra, levántase hasta Dios!
Á vuestros pasos abre sus ámbitos el mundo,
La gloria sus senderos enseña á la ambición...
Dejad que el pensamiento se pierda vagabundo
En un raudal inmenso de luz é inspiración!
Id á robar, artistas, su plácida armonía
Al cristalino arroyo, al céfiro fugaz;
Al trovador alado de la floresta umbría;
Al ritmo lastimero que sabe la torcaz...
Y tú, la dulce niña, la flor de suave aroma
Tan bella y tan modesta cual lirio virginal,
¿Acaso te ha enseñado su canto la paloma?
¿Escuchas, cuando duermes, una arpa celestial?
Hay en la rica nota que, conmoviendo, exhalas
Un mundo melodioso de ensueños y de amor;
Es un suspiro de ángel que toma entre sus alas,
Para llevarla al cielo, la queja del dolor.
Dios puso en tu garganta la voz de la dulzura;
Coronan tu cabeza las rosas de la edad;

Bendígate el destino... y el sol de la ventura
Por siempre te ilumine, por siempre, SOLEDAD!

Vosotros, los artistas, seguid con noble aliento!
La música es el verbo, la voz del corazón;
Doquier en busca suya lancéis el pensamiento
De una armonía secreta tendréis la evocación.
En el callado seno del bosque centenario
El himno de las brisas se escucha en el pinar;
Y en la desierta playa, solemne y solitario,
El canto de las olas, los tumbos de la mar.
El mundo tiene un canto, una sagrada nota
Que al Dios de la armonía levanta la Creación;
Hosanna misterioso que en el espacio flota,
Y que el artista escucha... de ahí la inspiración.
Seguid su ardiente impulso, ¡oh jóvenes artistas!
Y triunfos inmortales llegad á merecer.
¡Qué hermosas y qué gratas serán esas conquistas
Debidas al talento, debidas al saber!
Dejad que el alma sueñe, dejad que el alma espere,
Y que su vuelo tienda del porvenir en pos!...
La gloria del talento es gloria que no muere...
Nacida de la tierra, levántase hasta Dios.
Sabéis amar el arte, lleváis en vuestra mente,
Como celeste llama, la inspiración de él;
Constancia, fe, trabajo... y bello y refulgente
Os tenderá la Fama magnífico laurel.

Puebla, Junio 24 de 1872.



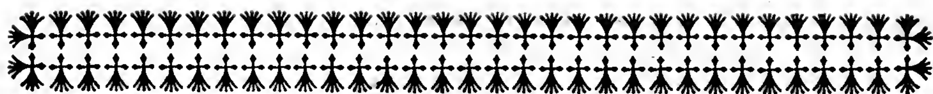
Á ÁNGELA PERALTA

(*Improvisación leída en la noche de su beneficio, en el Teatro Nacional.*)

Gloria á tu canto! Sus divinas notas,
Cual aves del Edén en raudo vuelo,
Llevaron á las playas más remotas
Los conciertos magníficos del cielo.
Su torrente fecundo
Se derramó en cascadas melodiosas
Desde las playas de Colón hermosas
Á la vasta región del Nuevo-Mundo,
Envolviendo en su nube de armonía
El nombre sin olvido,
El nombre más espléndido y querido,
Tu dulcísimo nombre, Patria mía!...
Gloria á tu frente, do fulgura impresa
Una marca del genio soberano!
Gloria á esa frente que la Gloria besa

Y en que Dios puso con amor su mano!
Dénle su sombra las triunfales palmas,
Y nuestro aplauso cariñoso arrullo;
Déle un regazo nuestro patrio orgullo,
Dénle un amor inmenso nuestras almas!





Á LA SOCIEDAD POBLANA DE ARTESANOS

Composición leída en la solemne distribución de premios á los expositores.

Hijo del pueblo, entre sus hijos vengo
Sus triunfos á cantar. Mi acento vibre!
Y por sincero, aunque modesto, sea
Digno de un pueblo generoso y libre.
Yo no tengo, es verdad, el rico acento
Que brotando sonoro
Derrama por el viento
Sus vibraciones de oro;
No tengo la armonía
Que quisiera esta vez el alma mía
Para expresar aquí mi sentimiento,
Para expresar aquí mi simpatía...
Pero si mi palabra, sin aliño,
Para cantar tu gloria es impotente,
Tú sabes que el cariño
Que el labio calla, el corazón le siente.

Que es grato para mí noble artesano,
Apóstol del progreso,
Sentir mi mano en tu robusta mano,
Ver en tu rostro varonil impreso
El sello del trabajo, y saludarte
Con el nombre dulcísimo de hermano.
¿Acaso tú no eres
El que, guardián celoso de tu tierra,
Cuando la patria te llamó á la guerra,
Tu hogar abandonaste, tus talleres,
Y á la madre y al hijo y á la esposa,
Para llevar la sangre generosa
Que en tu gran corazón férvida late,
Á fecundar heroica
El abrasado campo del combate?...
¿No compraste á ese precio
Las sacras libertades
Que inscribes en tus leyes?...
¿No eres tú la falange vengadora
Que con sangre de déspotas y reyes
Lavaste tus ultrajes, justiciera?...
¿No fuiste el paladín de la victoria
Que en la cumbre del alto Guadalupe
Hiciste tremolar nuestra bandera
Bañada en sangre y esplendor de gloria?...
Eres la misma que tan grande fuiste,
Puebla de los obreros!
Guerrera te miraron los guerreros,
Y á los nunca vencidos de la tierra

Los quisiste vencer... y los venciste!
Y después... de tus manos victoriosas
Arrojaste el fusil, y recogiste
Otra vez el martillo, los enseres
Humildes del trabajo, y olvidaste
Tu gloria en el rincón de tus talleres.
Olvidaste la gloria que cosecha
Su costoso laurel en el combate,
Al trueno del cañón, sobre la brecha.
Olvidaste, aun abiertas tus heridas,
Las olas de tu sangre derramadas,
Dejando sólo, cual padrón sublime,
Tus calles destrozadas,
Y en pie las ruinas de tus grandes templos
Por la bala francesa acribilladas:
Monumento soberbio de tu gloria,
Y de tu patrio amor, y tu denuedo,
Página de la historia
De tu gigante corazón sin miedo!
Pero luego olvidaste esos laureles
Quemados por el soplo de la guerra
Y á otra conquista la ambición te trajo,
Otros triunfos quisiste,
Los triunfos más fecundos de la tierra,
Los triunfos del talento y del trabajo.
Y venciste también. Allí está la obra
Selecta de tu mano
Diciendo á las industrias extranjeras
Que llegarás á ser... lo que tú quieras,

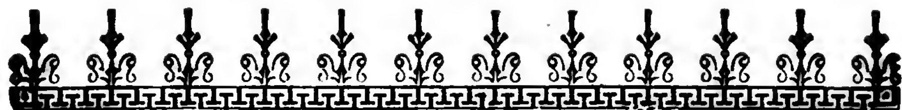
Pues que para ello la aptitud te sobra.
Un paso más... Y el mercader ansioso
No tendrá que esperar de tras los mares
En seda, en lino, en algodón nevoso,
Y de la oveja en el vellón copioso,
El producto fabril de los telares.
Un paso más... Y derramando en torno
Encontrará la mexicana hermosa
Rico, sutil y nacional adorno,
Que verterá en su traje
La espuma trasparente y caprichosa
Del vapóreo tejido del encaje.
Un paso más... Y mexicana copa
Ha de ser la que tiña
De ámbar suave, ó de rubí encendido,
El líquido que guarda
Del arenoso Tehuacán la viña.
Mientras que del festín sobre la mesa,
En el albo mantel de *marronesa*,
La vajilla argentina
Reflejará preciosa
La purísima luz de la estearina;
Y la nupcial alcoba
Adornará lujoso
El mueble de caoba,
Y el rico guardarropa primoroso;
Y sobre el muro en caprichoso ornato,
Reclamando laureles,
El paisaje ó el retrato

Debido de la dama á los pinceles.
Un paso más... Y del cincel al golpe
Brotarán con sus formas altaneras
De la estatuaria los prodigios raros,
Que encierran nuestras pródigas canteras
El rico mármol de Carrara y Paros.
¡Un paso más aún, pueblo artesano!
Chispee la fragua, silbe la caldera,
Al rudo golpe del martillo vuelen
En astillas la piedra y la madera;
No detenga cansada
Su rápido pasar la lanzadera;
El único crujido del acero
Sea el de la áspera lima del obrero!
De ese brazo nervudo que golpea,
De esa callosa mano ennegrecida,
Y de esa frente que sudor gotea,
Vienen la paz que el corazón desea,
La dicha apetecida,
Y la abundancia del hogar alegre,
Y cuanto tiene de mejor la vida.
Allí, en el rudo trabajar constante,
Está el abrigo de la madre anciana,
Está el adorno de la esposa amante,
Y el caro pan de los pequeños hijos:
Allí también el envidiado aprecio,
El bienestar, la fama, la riqueza,
Y algo, que no es orgullo, pero que hace
Al hombre inteligente y laborioso

Alzar entre los hombres la cabeza !
Hijos de Puebla, orgullo de esta tierra
Que ungió para la Historia,
Con el óleo sangriento de la guerra,
La mano de la gloria ;
Pueblo de los talleres industrioso
Nacido en el hogar del indigente,
¿ No ves como una ráfaga de Oriente ?
¿ No miras, dí, que se levanta hermoso
Un nuevo sol que besa cariñoso
Con blanca luz tu sudorosa frente ?...
Ese es el sol del Porvenir. Avanza !
Abre tu pecho á su sagrada lumbre,
Vivifica con ella tu esperanza,
Y llega hasta la cumbre
En donde el premio de tu afán se alcanza !
Los lauros de la guerra
El patriotismo á conquistar te trajo ;
Mas otra gloria tu destino encierra,
La gloria más fecunda de la tierra,
La gloria del talento y del trabajo.

Puebla, Diciembre de 1873.





INAUGURACIÓN

DE LA

SOCIEDAD FILARMÓNICA « ÁNGELA PERALTA »

De esa oleada de armonía
En la rica vibración
Caiga pobre, como mía,
Esta gota de poesía
Que brota del corazón.
Á ti, la de alma fogosa,
Entusiasta juventud,
Á ti llegue cariñosa
Como el céfiro á la rosa
La nota de mi laúd.
Juventud, tú la esperanza
Eres de la Patria bella
Que vé gloria en lontananza
Y á conquistarla se lanza...
¡Conquístala tú por ella!

La Gloria! Mágico acento
Que vibra en el corazón,
Que dilata el sentimiento
Y enciende en el pensamiento
La luz de la inspiración.
La Gloria! Visión divina
De cuya frente destella
Ese rayo que ilumina,
Que deslumbra y que fascina
Al alma que va tras ella!...
¡ Oh juventud generosa !
Que su lauro de oro y rosa
Logre tu afán alcanzar,
Por dejarle cariñosa
De la Patria en el altar.
En tu altar, México amada,
Perla preciosa engastada
En el zafir de dos mares;
Indica rosa olvidada
Entre fuentes y palmares.
Para ti, tierra querida,
Sultana de los amores,
Que reposas adormida
Tu sien, de lauro ceñida,
En un regazo de flores.
Para ti, tierra bendita,
Cuyo inmenso porvenir,
Tiene su grandeza escrita
En la página infinita

De tus cielos de zafir.

. . . .

. . . .

Que ese magnífico nombre
Símbolo sea de tu historia;
Palmas te dé la victoria
Y tus senderos alfombre
Con sus laureles la gloria!





Á ROSA

Tú cantas... y á cada nota
Parece que de improviso
Al escucharla nos abre
Sus puertas el Paraíso.
Es un suspiro que canta,
Es un canto que suspira,
Un himno que se levanta
De un corazón que delira,
Con música más suave
Que el sonido de la lira
Ó que los trinos del ave.
Hay en ella sentimiento,
Hay en ella inspiración
Y no sé qué vago acento
De tristeza y de pasión
Que hace temblar conmovidas
Las fibras más escondidas
Del inquieto corazón.

Canta, Rosa, canta así!...
Deja que tienda su vuelo
El alma lejos de aquí;
Déjame soñar el cielo
Cuando estoy junto de ti.
Canta, seduce, fascina
Con la cascada argentina
Del ruiseñor que embelesa...
No es esa una voz que trina,
Es un suspiro que besa.
Canta y lleva tus cantares,
Ave de nuestros palmares,
Del arte á región más alta;
Vé á continuar tras los mares
Las glorias de la Peralta.
Pero antes que el Oceano
Te aleje á remota zona,
Deja que ponga mi mano
En tu frente esta corona.
Simbolicen estas flores
Las que el destino te guarda...
Parte! que el triunfo no tarda
En ceñírtelas mejores.
Ve á llevar á esas regiones,
Donde el Arte es tan fecundo,
La magia de tus canciones,
Alondra del Nuevo-Mundo.





LA ESCUELA

Á mi querido maestro y amigo el erudito escritor
Señor Andrés Iglesias, recuerdo de gratitud.

Allí está el porvenir! Sobre esas frentes
Ornadas todavía
Con las blancas guirnaldas florecientes
De la existencia en su primero día;
Sobre esas frentes do su huella impresa
Dejar no puede la pasión bastarda,
Y que aun en sueños, invisible, besa
El ángel cariñoso de la guarda.
Sobre esas frentes la Esperanza tiende
Sus alas de querub, como la madre
Que soñando la dicha, la fortuna,
Y ansiosa de la suerte,
Espera con amor junto á la cuna
Á que el hijo de su alma se despierte.
Allí está el porvenir! Juega su rayo

En esas cabelleras infantiles,
Como un albor de Mayo
Con las ramas en flor de los pensiles.
Así como una aurora se levanta,
Y ante su luz, que la esperanza dora,
Mi corazón, que á la niñez adora,
Mi viejo corazón palpita y canta.
Oh la dulce niñez! Plácido arrullo
Del alma maternal, sagrado orgullo
Del esposo feliz, blanda sonrisa
Que ilumina el hogar y le consuela,
¡Qué atractiva, qué bella te contemplo
En los humildes bancos de ese templo
Que llamamos Escuela!
Sabes, niño, qué es leer? Cuando te inclinas
Sobre tu silabario y deletreas,
Cuando más que comprendes adivinas
Lo que aprender deseas,
Sin sospecharlo, niño, en ese instante
Sabes lo que haces ya? Sembrar ideas.
En el fecundo surco
Arroja, al parecer indiferente,
Su grano el labrador; por mucho tiempo
Queda allí la simiente
Escondida en la tierra que la abriga...
¿Fué inútil del labriego la fatiga,
Estéril su labor?. No que ya llega
Y recoge feliz, tras de la siega,
El oro generoso de la espiga.

Así también en el fecundo campo
Del alma inteligencia,
Aunque el hondo misterio no penetras,
Siembras, oh niño, el grano de las letras
Para coger la espiga de la ciencia.
Y la ciencia no es sólo la diadema
Más bella, más augusta, más grandiosa
Que á su frente de Diosa
Ciñe la humanidad, hija del Cielo,
No lauro estéril del orgullo humano;
La ciencia es vida y luz! Tiende su mano
Y arranca el rayo ardiente
Esa chispa que lleva la palabra
Desde el uno hasta el otro continente.
Palpita del vapor en la caldera;
A su potente silbo se estremecen
Los ecos del desierto y desparecen
El valle, la Ciudad y la frontera.
Sobre la ola que ruge enfurecida
Y escupe al cielo su revuelta espuma,
Bajo el rayo que truena y centellea,
Tiende el bajel su pabellón de bruma;
En las alas del boreas se pasea,
Y ante el osado empuje
Del vapor y su indómita arrogancia
Ya no hay mar, ni tormenta ni distancia!
Ella, la ciencia, se remonta al cielo,
Y allá en la inmensidad, sin luz ni rastros,
En su atrevido vuelo,

Sigue los mundos, piérdese en los astros,
Mide los campos de la Luna fría,
Y vé las manchas que ocultaba al hombre
Esa lumbrera que destella el día.
Ella, la ciencia, arranca laboriosa
Su secreto á la gran Naturaleza
Para darlo á la industria generosa:
Á ella deben las artes su belleza,
El mundo del trabajo su riqueza,
La gloria sus más límpidos blasones;
Y por eso el estudio y el trabajo
Serán el porvenir de las naciones.
Y á vosotros, los niños, á vosotros
Cuya vida en aurora
Comienza á iluminar la inteligencia,
Es á quien guarda el porvenir fecundo
Con el noble tesoro de la ciencia
El aplauso del mundo.
Trabajad y estudiad! Sed el apoyo
De vuestros padres, dad á su existencia
Horas de bienestar, goces mejores:
Sed la mano que enjuga cariñosa
De su cansada frente los sudores;
Sed el robusto brazo que sostiene
El paso vacilante del anciano;
Cosechad en el campo del estudio
De talento y virtud flores tempranas,
Y entretejed con ellas
La conora de honor para sus canas!

Y adiós... Un tiempo fué, tiempo querido,
Tiempo de bendición que nunca el alma
Ha podido dejar en el olvido,
Y al que en mis hondas amarguras de hombre,
Lleno de melancólico cariño,
Mi solitario pensamiento vuela,
En que, como vosotros, era niño
Y ocupaba los bancos de una Escuela.
Horas de casta luz, mis dulces horas,
Que ya no volverán... Blancas auroras,
Alegrías del hogar, juegos, lecciones,
Murmullo religioso y apacible
De la madre en sus santas oraciones,
Sabios consejos del honrado padre
Tan bondadoso en su severa calma,
Y en medio de tan buenos corazones,
Abriéndose inocente,
Como una flor de primavera, el alma!

. . . .

. . . .

Desde entonces, si no mi inteligencia
Cuyo vuelo hasta ti no llegaría,
Sí mi impaciente corazón volvía
Á ti, Diosa inmortal, augusta ciencia.
Después, cuando profano, de tu templo
He llegado al dintel y he vislumbrado,
Humilde y descubierta la cabeza,
Oh ciencia! tu grandeza
Y con mudo respeto la he admirado.

Cuando al cantar lo que mi pecho ha amado,
Y aunque sólo debido á la fortuna,
No al mérito del poeta ni del hombre,
Aplauso popular y lisonjero
Envuelve alguna vez mi pobre nombre,
Entonces mi alma cariñosa vuela
Al rincón solitario,
Allá en mi pueblo, de mi pobre escuela;
Y al recordar al afectuoso amigo
Que en la mano me puso un silabario,
Oh niños! como el vuestro,
Lleno de amor y gratitud le digo
Con todo el corazón, ¡gracias, Maestro!





TU IMAGEN

A Inés.

Tanto mirarte deseo
Que estar mirándote creo
De mi recuerdo á través,
Y pues tan viva te veo
Voy á bosquejarte, Inés.
¿Puedes acaso culparme
De que algún ángel risueño
Tome tu rostro halagüeño,
Para venir á encantarme
Entre la niebla de un sueño?.
De que una hada compasiva
Para calmar mis enojos,
Cuando el dolor me cautiva
Haga pasar fugitiva
Te dulce sombra á mis ojos?.
No tengo la culpa, nó,

De que en mi memoria estés...
¿Por qué estás...? No lo sé yo;
Mas tu imagen se quedó
Dentro el corazón, Inés.
Allí de tu andar resuelto
Estoy mirando el donaire,
Y el talle flexible, suelto,
Suave, ligero y esbelto
Como la pluma en el aire.
La bella cabeza alzada
Sobre el bien formado cuello,
Cual de reina coronada
Por la trenza perfumada
Del opulento cabello.
Y bajo el rizado velo
De la pestaña, fogosos,
Dos ojos de terciopelo,
Negros, soberbios, hermosos
Como la noche en el cielo.
Tus labios, cuando sonríes,
Sobre tus dientes pulidos
Cual pétalos carmesíes
De fresca rosa, caídos
Sobre blancos alhelíes.
Y tu acento cuando cantas,
Tu sonrisa cuando escuchas,
Y cuando bailas tus plantas...
Oh! mis memorias son muchas,
Pero... son tus gracias tantas...!

No tengo la culpa, nó,
De que en mi memoria estés;
¿ Por qué estás?... No lo sé yo...
Mas tu imagen se quedó
Dentro el corazón, Inés.

Julio de 1869.





A...

Me han dicho, niña, que cante
Tu seductora beldad;
Me han dicho que á ti levante
Una guirnalda fragante
En nombre de la amistad.
Mas yo que canto dolores,
Que me inspiro en la tristeza,
No tengo esas ricas flores
De magníficos colores
Que merece tu belleza.
Cuando una á una han caído
Y en la nada se han perdido
Mis creencias de juventud,
¿Qué melodioso sonido
Pudiera dar mi laúd?.
Como las blancas auroras,
Pasaron — mis dulces horas
De esperanza y de ilusión;

Las noches inspiradoras,
Los sueños del corazón.
Soy una alma descreída
Que atrás dejando vá ya
Los vergeles de la vida;
Pobre hoja seca perdida
Que no sabe dónde vá.
Es triste mi sentimiento,
Es triste mi corazón;
Y triste sería mi acento
Si tu dulce pensamiento
No fuera mi inspiración.
El cielo tiene fulgores,
El regio sol esplendor,
Perfume las castas flores,
Y canto los ruiseñores...
Las almas tienen amor.
Tú, la luz del firmamento
Llevas en tus lindos ojos,
La voz del ave en tu acento,
La flor en tus labios rojos,
Y su perfume en tu aliento.
En tu alma dulce y creyente
Se anida la confianza,
Y deja en tu tersa frente
Su beso suave y ardiente
El ángel de la esperanza.
Una frente tan serena
Que parece la azucena

Que, en indolente desmayo,
Se está bañando en el rayo
De la blanca luna llena.
Y tu presencia ilumina;
Tu leve paso estremece;
Tu dulce risa fascina;
Y tu mirada asesina,
Y tu recuerdo enloquece...!
Feliz quien, de amores ciego,
Y trémulo de emoción,
Te diga en tímido ruego
Esas palabras de fuego
Que brotan del corazón.
Porque es hermoso el amar
Á un ángel hecho mujer,
Y dentro el alma llevar,
Cual para Dios, un altar
Donde su imagen poner.
Porque amar en este suelo,
Es dejar que el corazón
Se levante en raudo vuelo
Y en alas de su ilusión
Se vaya á perder al cielo!
Y no amar es ¡ay! tener
El alma muerta y vivir,
Bañarse en luz y no ver...
Es respirar, y no ser...
No amar... no amar, es morir!
Niña de los ojos bellos

Y labios embriagadores,
Que el ángel de los amores
Ponga en tus blondos cabellos
Blanca corona de flores:
Que de tu alma en la pureza
Lleves la felicidad,
Oh reina de la belleza,
Cual llevo yo la tristeza
De mi alma en la soledad.

Julio de 1869.





¡CANTAD!

Á las Señoritas Soledad y Mercedes Banuet

El alma aletargada
En lánguidas memorias,
Tristísimas historias
Se ocupa en repasar;
Cuando de pronto rasga
Las brumas de su duelo,
Cual música del cielo,
Dulcísimo cantar.
Es una voz tan pura,
Tan límpida y suave,
Que suspendiera el ave
Su plácido trinar,
Su música el cefiro,
La fuente su murmullo,
La tórtola su arrullo,
Su acento al escuchar.

Ya trémula, vibrante,
Conmovedora brota,
Cual la postrera nota
Del mágico laúd;
Ya languidece tierna
Murmura sollozante,
Como un adiós amante
Al pie de un ataúd.
Ya inunda el vago ambiente
De acordes melodiosos,
Ligeros, caprichosos,
Cual trina el ruiseñor;
Ya imita la querella
Doliente y gemidora
De la torcaz que llora
En árido peñón.
El ruido de la espuma
De diáfana cascada;
El son de la azulada
Linfa del manantial;
Las ondas que se estrellan,
La brisa que suspira,
Del cisne que ya espira
El canto funeral.
El trino que arrebata
El céfiro incoloro
Al pájaro canoro
Del bosque trovador;
Envuelto en el perfume

De nardos y azahares;
El que hacen los palmares
Magnífico rumor.
Cuanto en la triste tierra
Suspira, llora ó canta,
En vuestra fiel garganta
Sus ecos hallará :
Toda alma de veinte años
Que espera, goza ó gime,
Vuestro cantar sublime
Doquier comprenderá.
Porque ese grato acento
Del alma se desprende,
Y sólo lo comprende
Quien sabe amar y creer.
Cantad, cantad, hermosas!
El canto es el idioma
Que del querube toma
La voz de la mujer.
El canto es el lenguaje
De amor del Paraíso :
El hombre no lo hizo,
El cielo nos lo dió;
Y el corazón olvida
Sus páginas de llanto,
Cuando oye alzar un canto
Como el que escucho yo.

México, 1859.



DESPEDIDA

Á mi buena amiga Soledad D...

Á mis paternos campos la suerte me arrebata,
Adiós vengo á decirte...! Escucha, Soledad :
El fuego de tus ojos do tu alma se retrata,
Tu afecto, tu palabra, tu nombre, tu beldad;
Todo esto irá conmigo doquier que me acompañe
La historia de mi loca y amante juventud,
Y cuando en la tristeza mi corazón se bañe
Yo deberé á tu nombre consuelo y gratitud.
¿No sabes que tu arpa encierra en sus sonidos
La voz de esos recuerdos que idolatrando voy?
¿No sabes cuantos rostros hermosos y queridos
Se acercan á mirarme, cuando escuchando estoy?
¿No sabes á qué abismo de amor y de tristeza
Al eco de tu arpa desciende el corazón?
Y que, si inclino entonces absorto mi cabeza,
Es porque pasa en mi alma *su* pálida visión?

Tú sabes de quien hablo. La historia te he contado
— De mi postrera dicha, de mi primer dolor,
Y sabes que en las ruinas de mi alma se ha quedado
El tétrico fantasma de mi primer amor.
Pero perdona, amiga, si el alma su amargura
Derrama en estas flores que ofrece la amistad;
Perdona, y sé felice...! El sol de la ventura
Por siempre te ilumine, por siempre, Soledad.

Puebla, 1861.





FLORES DE LA SIERRA

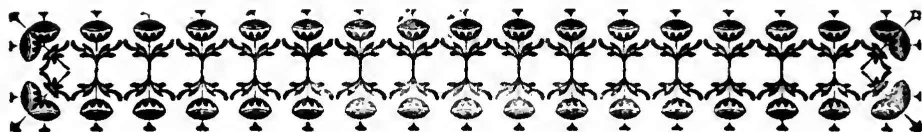
Á las Señoritas Luz, Paz y Ángela Zapata.

¡Qué lindas son las flores de la Sierra!
¡Qué ricas en fragancia y en colores!
Y recuerdo también que en esa tierra
Son las niñas hermanas de las flores.
En esa tierra os conocí. Las rosas
Al miraros acaso se dijeron :
« Llegan nuestras hermanas » ; y envidiosas
Acaso algunas otras se escondieron.
Porque eres, Luz graciosa y apacible
Como una fresca flor de la campiña;
Mientras que Paz domina irresistible
Con ojos de ángel en su faz de niña.
¿Y Ángela? Ya me acuerdo : un sol de mayo
Mi ventana, magnífico, ilumina,
Y entre la zona de oro de su rayo
Aparece el semblante de Angelina.

Niña gentil de inmaculada frente,
De rubias trenzas y de labios rojos,
Ah! cómo encanta al corazón doliente
La tan dulce mirada de tus ojos!
Dejasteis ya la tierra de las rosas;
De una Ciudad al opulento ruido
Resbalan vuestras horas presurosas,
Envolviendo mi nombre en el olvido.
Mas yo no olvido nunca : la mudanza
No hiere mi amistad; y jamás pierdo
De volver á encontraros la esperanza,
Ni de haber encontrádoos el recuerdo.
Os conocí en la tierra en que las flores
No mueren á la sombra de las nieblas;
Así en mi corazón, que los dolores
Han llenado de pálidas tinieblas,
Guardaré mientras vague por la tierra,
En otros sitios y con otros hombres,
Gratos como las flores de la Sierra,
De Luz, de Paz y de Ángela los nombres.

Puebla, Febrero de 1864.





GERANIOS Y JAZMINES

(A Carmen F. de F.)

Las flores que una mano bondadosa
Quiso dejar en mi prisión sombría,
Tan queridas de mi alma cariñosa,
Marchitáronse ya... flores de un día.
¿Y cómo no morir? Aquí no hay brisa
Ni sol, ni cielo azul, ni más rocío
Que el que á veces, fingiendo una sonrisa,
Mi ardiente corazón llora sombrío.
Aquí respiro por doquier tristeza,
Cuando sed de venganza no respiro,
Y, cuando el labio una sonrisa empieza,
La trunca el corazón con un suspiro.

Aquí pasan las horas de la vida
Negras como el deseo de la venganza ;
Ni esperar quiere el alma dolorida,
Porque aquí se entristece la esperanza.
Lejos el corazón de cuanto adora,
Desfallece mi ser en honda calma,
¡ Quién sabe cuántas lágrimas devora
En sus tristezas incurables mi alma !
Tal vez aquí se espera una memoria,
La dulce voz de un corazón querido,
Mas esto es una fosa mortuoria,
Bañada por las sombras del olvido.

Flores queridas, como á mí os arrojan
Á la sombra, al olvido, al ataúd ;
Así como vosotras, se deshojan
Las horas de mi amante juventud.
Mas á mí á esta mazmorra de dolores
Me arrojan la injusticia y la opresión,
Mientras á vos, inolvidables flores,
Os dejó para mí la compasión.
Tal vez no más una alma delicada
Comprenderá la gratitud sincera
Que inspira á otra alma, de dolor cargada,
Una flor de infortunio compañera.
Una sentida página amorosa
En estas flores moribundas leo,
Y una imagen carísima y hermosa
Entre sus hojas marchitadas veo.

Yo no sé los azares de mi vida ;
Mas sé, Carmen, lo que es mi corazón...
El poeta sin ventura nunca olvida
Una flor recibida en su prisión.

En una barra del Castillo de Perote, Octubre 1865.





TU ESPERANZA

SONETO

A Luz B... V...

Pasó y perdióse la esperanza mía...
Porque es, Luz, la Esperanza, ángel bendito
Colocado en la senda del proscrito
Para ir delante, bienhechora guía.
Mas mi senda en el mundo es tan sombría,
Tan proceloso el mar en que me agito,
Hay tanto duelo dentro mi alma escrito,
Y arrastro tan mortal melancolía;
Que mi Angel-esperanza, amedrentado,
Al mirar en mi vida tanto duelo,
Me deja en mi sendero abandonado;
Mas nunca el tuyo tenderá su vuelo...
Si vá de otro ángel caminando al lado
¿Para qué, bella Luz, ha de ir al Cielo?

Fuerte de Perote, Octubre 1865.



RECUERDOS DE « EL PASO »

JALAPA

Á las Señoritas Silva, Guido, Zárate,
Córdova y Ramona Quero.

Era una tarde del ardiente Mayo :
El sol que descendía,
Con la postrera lumbre de su rayo
En las revueltas nubes de Occidente
Un incendio de púrpura encendía.
El ave errante, melodioso bardo
De la vecina selva, en vuelo tardo
Su canto melancólico lanzaba ;
Y los aromas del jazmín y el nardo
El aura de la tarde derramaba.
Jalapa en tanto, búcaro de amores,
Se envolvía perezosa
En un manto de sombra voluptuosa
Con sus bosques, sus fuentes y sus flores.

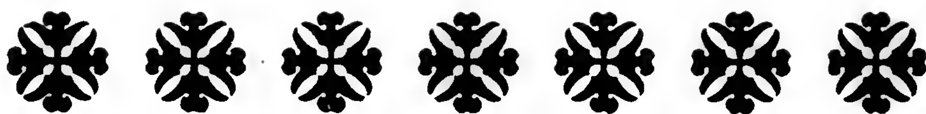
En tanto por la falda
De la feraz colina,
Al prado de esmeralda
Que al tardo río declina,
Desciende bullicioso
Un grupo encantador.
Son hijas de Jalapa
Graciosas y divinas,
Bandada que se escapa,
De alegres golondrinas,
El aura de los campos
Ansiosa de gozar.
Y al verlas tan hermosas
Entre el follaje oscuro,
Dijerais que son rosas
Que el mágico conjuro
Del hada de las flores
En ninfas transformó.
Y rosas son acaso
Del edén peregrinas,
Y las encuentro, al paso,
Del mundo en las espinas,
Para que finja el alma
Edenes de ilusión.
Mirad! Sus labios rojos
Son frescos, pero abrasan,
Mientras sus lindos ojos
Son dulces y traspasan
Con dardo irresistible

De amor el corazón.

Las azucenas dichosas
En las *castañas* prendidas,
Se marchitan envidiosas
En hermosura vencidas,
Porque es la flor de las flores
El rostro de la mujer.
Ved la gracia con que azotan
En la mejilla hechicera
Los blandos rizos que flotan
Al viento de la carrera...
Apenas toca la grama
Su breve y ligero pie.
Y las mejillas se encienden,
Brillan alegres los ojos,
Y fuego en el alma prenden
Los húmedos labios rojos
Y dentro el seno turgente
Palpita la agitación.
Y caen en la verde grama
Y ríen con gozo de niña,
Al aura que se derrama
Perfumada en la campiña,
Como muere la esperanza
Si el desengaño la corta :
Á la que amas ¿qué le importa
Tu infortunio, corazón...?
¿Qué importa á una alma de hielo

Mi negra melancolía?
¿Qué importan á la alegría
Las angustias del pesar?...
Para *ella* queda la vida,
La esperanza, los amores;
Y para mí los dolores,
El olvido... nada más.





Á MARÍA

(Después de leer su soneto « Una flor del corazón »).

Las gayas rosas de la edad florida
Tu linda frente coronando están
Y los soles primeros de la vida
Iluminando tus miradas van.
Astro es tu corazón en alborada,
Es tu belleza la del lirio en flor,
Y resbala tu vida, acariciada
Por la ternura del materno amor.
Tu alma lleva raudales de armonía,
Tu mente inspiración, canto tu voz;
Tu nombre es una música, María,
Sueñas quizá con ángeles de Dios.
Una triple corona hay en tu frente
De belleza, talento y juventud...
¿Por qué, pues, melancólica y doliente
Es la nota que exhala tu laúd?

Regada con tu llanto de ternura
La flor que en tu albo corazón está,
Como es *una violeta fresca y pura*
Ese ardiente rocío la quemará.
Recoge, pues, las lágrimas benditas
Que bajan tu laúd á humedecer,
Y puebla el aura del Edén que habitas
Con mágicos cantares de placer.
Mas ¡ah!... perdona... El ángel peregrino
Que no puede sus alas desplegar
Á los jardines del Edén divino
¿Qué puede hacer del mundo en su camino,
Qué puede hacer, María, sino llorar?...

Jalapa, Mayo de 1866.





ANOCHE

A Luisa.

Gracias, amable Luisa. Si supieras
Cuánto es agradecida el alma mía,
Su recuerdo afectuoso comprendieras
En los humildes versos que te envía.
Por los sentidos versos que me diste
Otros te quiero dar, mi bella amiga;
Pero no quiero que mi acento triste
Del alma mártir el sufrir te diga.
Para almas, cual la tuya, que son rosas,
Debiera haber palabras de rocío,
Puras como las auras vagarosas,
Gratas como las músicas del río.
. . . .
. . . .
Mas oye: en este instante en que te escribo
De mi aposento á interrumpir la calma

Viene, con ruido melodioso y vivo,
Música alegre que entristece el alma.
Música y luz! Llegad consoladoras
Ráfagas blancas, armonías lejanas;
Para vosotras en las altas horas
Abro mi corazón y mis ventanas.
Está la noche azul: la luna llena
Tan grata al corazón del que padece,
Del firmamento en la región serena
Melancólica y bella resplandece...
La triste soledad de mi aposento,
Esta noche, esta luna, esta honda calma,
Y esa música alegre... Oh! cómo siento
Hasta su fondo conmoverse el alma!
¿Por qué cae en mis manos mi cabeza
Y mi frente abrasada palidece,
Y en mi alma se desploma la tristeza,
Y mi párpado en llanto se humedece?
Es que soy infeliz...? Mi suerte acaso
Es más cruel y adversa que otra suerte?
Arrastro la desgracia tras mi paso...?
Es tal mi vida que desee la muerte...?
No bien sé que á ninguno la fortuna
Sigue desde la cuna hasta la huesa...?
Más tarde, más temprano, una por una
En cada vida el infortunio pesa.
La carga que á los otros impusiste
Es, oh Dios, más ligera que la mía...?
«No, no soy infeliz... mas vivo triste; »

Y no comprendo lo que el alma ansía.
  Hay acaso en el hombre alguna llama
Que no encuentra en la tierra su alimento?
El corazón un imposible ama...?
¿Busca lo que no hay el pensamiento?...

. . . .

. . . .

  Mas perdóname, Luisa. No son estas
Las voces ¡ay! que para ti quería,
Lirio primaveral de las florestas,
Alma niña, que duermes todavía.
  ¿Á qué hablarte del mundo y sus dolores,
Ni del acerbo corazón del hombre,
Cuando tus quince Abriles piden flores
En el día grato de tu dulce nombre?
  Pero de mi aposento silencioso
Anoche vino á interrumpir la calma
De una música el eco melodioso
Que, al escribirte, entristeció mi alma.
  Perdona, Luisa, mi importuna queja
Y que no llegue su amargura á ti...
Y en un rincón de tu memoria deja
Un recuerdo siquiera para mí.

Jalapa, Agosto 1866.





ABROJOS

A Rosa.

Como dulce canción vaga y hermosa
Que lejos se oye en la nocturna calma,
Así el eco de tu arpa melodiosa
Oí en la triste soledad del alma.
Trino de alondra, murmurar de río,
Canto en el tierno suspirar bañado
De un pecho de mujer, lindo rocío
Sobre la flor del corazón regado;
Eso es tu canto. Besa nuestro oído
Y el corazón á los ensueños lanza,
Porque en sus notas trémulas perdido
Va el acento feliz de la esperanza.
Mas si gotas esparce de ambrosía
El ritmo de tu arpa vibradora,
Después de su dulcísima armonía
¿Qué ha de decir mi corazón, Señora?

. . . .

. . . .

Que á tus plantas esclava la fortuna
Cuanto tú le pidieras, te daría.
Tú, la bella sin par entre las bellas,
¿Qué rival encontráras en el suelo?
En donde están las pálidas estrellas
Cuando el soberbio Sol brilla en el cielo?...
El amor no es un Dios? En sus altares
Las flores, los diamantes, los aromas,
De la gloria los épicos cantares
El arrullo de amor de las palomas!...
Y el suspiro feliz de la alegría,
Y de la dicha la inefable calma,
Y entre nubes de luz y de armonía
Muda ante ti de adoración el alma!...

. . . .

. . . .

. . . .

Pero si nada soy, si nada tengo
En su impotencia el corazón estalle...
Y mi labio, mujer, cuando á ti vengo
El polvo toque de tu huella... y calle!



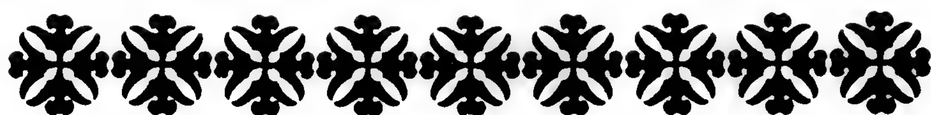


ADELA

Yo ni amistad ni amor : no te conozco;
Mas bástame saber que en tus altares
Sus joyas, sus guirnaldas, sus cantares
Esparcen el Amor y la Amistad.
Bástame, sí, saber que eres hermosa,
Y que el alma de un ángel reverbera
En tu negra pupila... Donde quiera
Adoré la virtud y la beldad.
La mujer es amor.
Cual flor que nace
En la tibia alborada del estío,
Y se entreabre sedienta de rocío,
De fresca brisa, de esplendente Sol;
Así el alma del hombre al entreabrirse
En la ardiente mañana de la vida,
Bebe ansiosa, del cielo desprendida,
Dulce mujer, la perla de tu amor.
Amor!... Única flor del Paraíso,

Única flor que el enojado cielo
Para poder vivir en este suelo,
De sombras y de llantos nos dejó.
 Amor!... la fe, la inspiración, el alma
Animada de otra alma... y confundidas
En un abrazo de pasión dos vidas,
Y en dos vidas un solo corazón.
 Por eso la mujer es hermosura,
Virtud, pasión, terneza... Cuando pasa,
Con solo una mirada nos abrasa,
Y nos arrastra de su huella en pos.
¿Á dónde el alma va tras esa huella
De ensueños, de ilusión y de poesía?...
Á la noche tal vez, tal vez al día,
Tras un ángel de luz, tal vez á Dios.
 La mujer es amor. Sobre la tierra,
Como en seco arenal umbrosa palma,
Para frescura y bienestar del alma
La coloca la mano del Señor.
Amar es su misión...
 Cuando en la noche
Escuches un rumor que te desvela,
No temas, no... sobre tu frente, Adela,
Vuela el ángel callado del amor.





Á MARÍA

El cielo de mi Patria, el cielo más hermoso
Que tiñe de oro y grana la antorcha tropical,
Tendió sobre tu cuna su manto luminoso,
Como una gasa etérea de záfiro y cristal.
Tu cuna fué de rosas... te dieron su ambrosía;
Las aves te cantaron, y en coro arrullador,
Formaron con sus trinos tu nombre de *María*...
El nombre más hermoso para soñar amor.
En torno de tu cuna los silfos misteriosos,
Los genios de las flores en mágico tropel,
Fugaces deshojaron sonriendo cariñosos,
Sobre tu dulce frente la rosa y el laurel.
Los ángeles del sueño besáronte los ojos,
Y en ellos te dejaron dos astros del amor;
Besáronte las hadas los breves labios rojos,
Dejándote un idioma del alma seductor.
Por eso eres la artista que vas con el Poeta
Por ese mundo oscuro do vive la pasión;

Desdémona la pálida, la lánguida Julieta,
Las adorables locas de inmenso corazón.
Ya trémula nos pintas la tempestad del alma,
El espantado crimen, el lívido Dolor;
Ya plácida nos muestras de la virtud la calma,
Ya la inefable dicha del inocente amor.
Hermana del Poeta, intérprete del genio,
Vestal que el fuego guardas de sacra inspiración,
Es tu deidad la Gloria, tu templo es el proscenio,
Tu religión el arte, tu llama el corazón.
Artista de mi Patria, violeta de la gloria
Que escondes en tus hojas los lauros de Anahuác,
¡Con qué cariño el arte tu plácida memoria
Y tu armonioso nombre por siempre guardará!
Artista de mi Patria, sus esplendentes galas
Prodigue á tu talento la Fama por doquier!
El ángel de la dicha te cubra con sus alas,
Arrúllente canciones de un cielo de placer!
Y alfombren tu camino las flores que deshojas,
Las flores de la gloria caídas de tu sien...
Entre ellas, dulce amiga, te ruego que recojas
Los versos del poeta... que flores son también.





TRISTEZAS

A Lucia.

Hay en el mundo, Lucía,
Pobres seres que han nacido
Para arrastrar su agonía
En una senda sombría,
Y perderse en el olvido.
Corazones que si hablaran,
En su gran desolación,
Los acentos que exhalaran
Sobre la tierra dejaran
Palabras de maldición.
Labios hay que sus gemidos
Están ahogando en sonrisas;
Pechos que sangran heridos,
Y á compás de sus latidos

Están haciéndose trizas.
Hay horas de tal quebranto
Que no puedo darles nombre,
Pero en que se sufre tanto
Que siente correr el llanto
Por sus mejillas el hombre.
Hay, en fin, almas precitas
Existencias de tormento,
Horas que pasan malditas,
Y eternas quedan escritas
De negro en el pensamiento.

. . . .
. . . .

¿Por qué buscas, ilusión,
Blanca paloma del cielo,
El nido de un corazón,
Si después á otra región
Tiendes el rápido vuelo?
¿Por qué, mujer seductora,
Me fascinas con tus ojos,
Si ha de llegar una hora
En que ceñirás traidora
Al alma tantos abrojos?
¿Á dónde va este lamento
De mi pobre corazón?
A donde le lleva el viento,
Á donde fué mi contento,
Á donde fué mi ilusión...
Cuando caigan estas hojas

Del hondo olvido en la calma,
¿Dónde estarán mis congojas?
¿Dónde tú, llanto que mojas
Estas páginas del alma?...





EN EL ÁLBUM DE...

Feliz quien vino hasta tus pies, Señora
Y vió tus ojos y escuchó tu voz;
Feliz entonces si olvidó la hora
¡Ay! en que tiene que decirte Adiós.

Feliz quien te ame con la fe del alma,
Feliz aquel para quien seas un Dios;
Feliz quien logre de tu amor la palma,
Feliz quien no haya de decirte Adiós.





LA PRIMERA PÁGINA

Álbum de Luz.

Las páginas más bellas
Del libro de la vida,
Sin duda son aquellas
Que escribe el corazón.
Aquellas que guardadas
Están en el misterio;
Aquellas que lloradas
Por el recuerdo son.

La página primera
Se escribe con las flores
Que el alma en primavera,
Abriéndose, regó.
Aún brilla en sus lozanas
Corolas el rocío
Que el sol de las mañanas

En perlas transformó.
— Aun siente el alma triste
Al leerla, solitaria,
De un mundo que no existe
Las luces y el calor.
Respira en el agreste
Perfume de sus hojas
La emanación celeste
De la ilusión en flor.
Aun siente que el cefiro
Le trae sobre sus alas
De un tímido suspiro
El lánguido rumor.
Aun oye cual se apaga
En el confín lejano
La nota errante y vaga
De un cántico de amor.
Aun vé pasar perdida,
Bellísima y suave,
Con un fulgor que olvida
La luna recoger,
De estrellas coronada,
En casta luz envuelta,
La sombra enamorada
De su ilusión primer.
La sombra pasajera
De la mujer divina
Que hizo por vez primera
El corazón temblar.

Mujer de nuestra gloria,
Mujer de nuestro llanto,
Que se alza en la memoria
Cual Dios en el altar.
¿No tiene aún en sus ojos
La luz de todo un cielo?
¿No entre sus labios rojos
Temblando el beso está?
¿No blanca luz destella
Por dondequier que pasa?
¿No el alma tras su huella
Cogiendo estrellas vá?
¡Oh página primera
Del libro de la vida!
¡Oh día de primavera
Del corazón en flor!
¿Qué puede compararse
Al inefable encanto
Del alma, al acordarse
De su primer amor?
¡Oh página que escrita
Quizá por Dios ha sido;
La sola, por bendita,
Que el mundo no manchó;
¡Ah, cuántas veces, luego
El alma triste y sola
Con lágrimas de fuego
Y besos te cubrió!...

. . . .

Si tienes esa página
En tu álbum, Luz amiga,
Bien puede ser la última
Del libro del sentir.
Respétala, si arrancas
Las otras que escribieres...
Aun muchas hojas blancas
Te quedan que escribir.

Puebla, Enero 17 de 1880.





FLORA

En un álbum.

Me acuerdo : era la tarde, en el instante,
Lleno de amor, en que la luz decrece
Y en remoto confín la fulgurante
Frente de oro del sol desaparece.
Mas la postrera ráfaga del día
Flotando en el espacio,
En la tranquila atmósfera tendía
La claridad serena del topacio.
De pronto en los senderos perfumados
Del jardín, á mis ojos extasiados,
Regia, gentil, airosa,
Con el sereno aspecto de una Diosa
Una beldad pasó. Pero tan bella,
Tan seductora, virginal y pura,
Que toda la hermosura
Que cabe en la mujer, estaba en ella.

Negro como la noche era el suave
Oleaje de su pelo;
Eran astros negrísimos sus ojos;
Un cielo era aquel rostro, y de ese cielo
La aurora estaba entre sus labios rojos.
Todo ante su mirada sonreía,
Todo á su derredor se iluminaba,
Y que iban parecía
Las flores á brotar donde pisaba.
Pasó... y las rosas se doblaron tristes,
Quizá envidiosas de hermosura tanta,
Quizá para besar la leve huella
Que dejaba en los céspedes su planta.
Pasó... y la azul violeta
Que entre las hojas tímida se asoma,
Ante la Diosa su incensario suave
Abrió, y el aire se impregnó de aroma.
Pasó... y las auras de la tarde errantes
Al besar su cabello suspiraron;
Pasó .. y las aves en su alcázar de hojas
El coro de sus trinos desataron.
Pasó, y en torno de ella voladores,
Enamorados de tan puras galas,
La invisible legión de los Amores
Un dosel le formaba con sus alas.
En tanto el sol, que en la purpúrea zona
De las nubes de ocaso se escondía,
De oro y de luz á la beldad ceñía,
Con su rayo postrer una corona,

Una corona que llevar debía.
  Porque aquella mujer de Paraíso
Que á mis ojos pasó tan seductora,
Á la luz del crepúsculo indeciso,
Era la reina de las bellas... Flora.

Puebla, Enero 11 de 1880.





Á LOLA

Álbum.

Cada vida es un libro que, sellado,
Entrega Dios á quien el mundo habita :
El hombre es quien le escribe. ¡Desgraciado
Aquel en cuyo libro, ya cerrado,
La palabra *Virtud* no se halla escrita!
De ese álbum de la vida cada hoja
El hombre va llenando mientras vive;
En ella su alma al escribir arroja,
Y quizá con sus lágrimas la moja,
Porque quizá con lágrimas la escribe.
La hoja en que se escriben *Ilusiones*
Pronto se llena; mas la brisa leda
Disipa como el humo sus renglones
¡Hay en la del *Amor* tantos borrones...!
Y la hoja de la *Dicha* en blanco queda.

. . . .

. . . .

Del poeta los versos melodiosos
Este álbum llenarán, Lola querida;
Que Amor y Dicha y Amistad, gozosos,
Llenen con sus poemas venturosos
Las páginas del libro de tu vida.





LA SEÑORA DOÑA CATALINA Z. DE PUIG

Álbum.

Señora, no os conozco. No tengo mis hogares
Alzados á la sombra de hojosos platanares
Allá donde el Grijalva dilata su raudal.
Mis campos paternales de flores y esmeralda
Están del Orizaba tendidos á la falda,
Bajo un sereno cielo de azul y de cristal.
Es un hermoso valle de limpios horizontes,
Un golfo de praderas en medio de los montes,
Donde en oleadas de oro agítase la mies.
Y la *Montaña Estrella!* (1). Á la hora del poniente
Aun vagan tibias zonas de púrpura en su frente,
Y ya tendió la noche tinieblas á sus pies.
Mas yo no he conocido, Señora, esos sombríos
Bosques de vuestra tierra, cruzados por los ríos

(1) *Citlaltepetl*, en mexicano, « Montaña brillante como una estrella ».

De resonantes aguas y espumas de jazmín.
Jamás he respirado ambiente de azahares;
Ni brisas escapadas de mangles y palmares
Trajeron á mi oído la voz del colorín.
Habláronme de grutas de bálago y jacintos,
De cúpulas floridas, de edénicos recintos,
De sombras voluptuosas, de luz crepuscular;
Del hada de la selva, que á la hora de las siestas
Allí, bajo las palmas gallardas y enhiestas,
Convida sobre lechos de eneldo á descansar.
Y allá en los laberintos tranquilos y desiertos
Desatan inspirados, en mágicos conciertos,
Los pájaros salvajes su armónico cantar,
En tanto que á lo lejos resuenan, musicales,
Con fuentes escondidas y arroyos perennales
Tus mil solemnes ruidos sin nombre, Soledad!
¡Qué hermosas y qué santas las noches tropicales
Serán en ese cielo! ¡Qué vuelos ideales
En el silencio augusto el alma tenderá!
¡Cómo ha de dilatarse grandioso el pensamiento
Cuando, al tronar el rayo, fulgure el firmamento...!
¡En qué éxtasis sublime á Dios se elevará!
... Mas yo nada conozco, Señora : Dios no quiso
Que alzara mi plegaria en ese Paraíso;
La suerte acaso nunca me lleve á su dintel,
Y, sobre vos vertiendo perennes sus halagos,
Á la Ciudad sultana del valle y de los lagos (1)

(1) México.

Tampoco nunca os traiga... y no os conoceré.
Pero escuchad, Señora: la voz de los adioses,
La más sincera y triste de las amigas voces,
Quiero que lleve siempre grabada un corazón;
Un corazón amigo, (le conocéis, Señora,
Porque si alegre canta, ó entristecido llora,
Lágrimas y cantares son siempre para vos).
Y quise que mi acento, tan pobre cual sincero,
No fuese como un canto que suena pasajero
Sin encontrar de un eco la grata vibración;
Por eso me dirijo al ídolo querido
Del que mi nombre acaso arrojará al olvido,
Pero que siempre el vuestro tendrá en adoración.
Por eso á vos os hablo, Señora, á quien bendigo,
Á vos que sois el alma del alma de mi amigo;
Muy pobres son mis versos indignos de los dos.
Pero sabéis sin duda que si la flor es bella
Es porque el Sol miradas derrama sobre ella:
Sed Sol para estas flores cortadas para vos!

México, Mayo de 1859.





JALAPA

(En el Album de la poetisa María del Carmen Cortés y Santa Anna).

Mi corazón tradujo su latido.
En un canto, Señora, para ti.
F.

Voz de mi corazón, álzate ahora!
¡Exhálate del alma, canto mío...
Que esta es la tierra en que derrama flora
Sus rosas más fragantes, y la aurora
Su luz más pura, y su mejor rocío!
Álzate, mi canción en ese coro
Que forman, con las aves melodiosas,
Las brisas rumorosas
En las hojas del plátano sonoro;
El insecto que zumba, las plateadas
Linfas del arroyuelo transparente;
Las armonías sin nombre, derramadas
En este suave ambiente,
Que trae bajo sus alas perfumadas

Inspiración y besos á mi frente !...
   Tierra de bendición, grata á mis ojos
Como un cáliz de lirios virginales
Bañados de rocío,
Acoge en tu recinto de rosales
El saludo del alma que te envío !...
   Eres bella, Jalapa, y eres grata
Como esos sueños en que el alma joven
Su misma luz y su beldad retrata.
¡ Oh ! Quién sabe si yo, cuando dormido
En feliz ilusión, viví de ensueños,
Miré una imagen del Edén perdido
Habitado por ángeles risueños ;
Y al alzarte á mis ojos, de improviso
Te reconoce el corazón y grita :
¡ Salve á ti, mi soñado Paraíso,
Tierra de flores y de amor bendita !
   Oasis de la región de los vergeles,
Delicia y joya de la patria mía,
Asilo del amor y los placeres,
Santuario de poesía.
Ángeles son tus célicas mujeres,
Tu atmósfera la luz y la armonía,
Paisajes tropicales tu cintura,
Tu manto perennal la primavera,
Y de tu cielo en la esplendente altura
La sonrisa de Dios se reverbera !
   Son tus hijas rivales de tus rosas ;
Ellas las que embellecen tus pensiles,

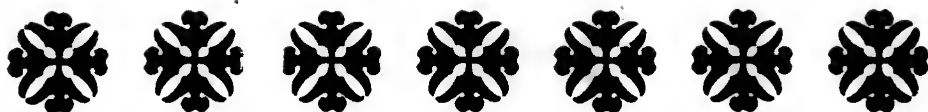
Á ellas á quienes cantan tan gozosas,
En las blancas auroras luminosas,
Trovadores, los pájaros gentiles.
Yo las he visto; las del rubio pelo
En rizos sobre el cuello de alabastro;
Tienen sus ojos el color de cielo,
Y sus miradas el fulgor del astro.
Y ví también tus vírgenes morenas
De negras trenzas, y de labios rojos,
De andar airoso y gallardía de palma...
Cada mirada de sus lindos ojos
Quema, y devora y enloquece el alma!
El genio del amor hizo sus labios
Para un beso de amores inefables,
Y para esas palabras y sonrisas
Que quedan en el alma inolvidables.
¿Quién vive sin amor en esta tierra,
Por el Amor y para él creada?
Aquí la flor de la beldad se encierra;
Aquí es tibio el ambiente, de suspiros;
Aquí las dulces vírgenes
Roban á las estrellas la mirada,
El acento á los músicos cefiros,
Y la mitad á el alma enamorada.
¿Quién no ha de creer, en este Santuario
Do la fe se colora?
Do se alza el pensamiento solitario,
Puro como el olor del incensario,
Al Creador de las flores y la aurora?

¿Quién no presiente á Dios tras ese cielo
Teñido del azul de la esperanza?
¿Qué mártir corazón no alza su vuelo,
Y la ilusión divina del consuelo
Tras esos astros del Señor no alcanza?
Y quién..? qué acento cantará, Jalapa,
Tus bosques, y tus aves, y jardines,
Y tus noches de luna, y tus auroras,
Y tus hijas de faz de serafines,
Y cuanto bello y mágico atesoras
En el cíngulo azul de tus confines?
Quién...? Y yo lo pregunto...?
Hay una lira
En cuyas cuerdas plácidas suspira
El alma de una virgen que te adora,
Y que repite con amor tu nombre,
Y con orgullo en su canción sonora.
¡Lluvia de rosas que su senda alfombre
Debes, con un laurel, á tu cantora!
Y esa es tu lira, Carmen! Dulce y suave
Del patrio Edén en el vergel dichoso,
Como el canto del ave,
Ó el murmullo del agua sonoroso.
Eres bella y modesta como el rayo
De casta luna en la arboleda umbría;
Violeta oculta que en su rico Mayo
Grato perfume sin saberlo envía.
Tu frente melancólica y serena,
Por el fuego interior iluminada,

Tiene la palidez de la azucena;
Y algo de tu alma, de visiones llena,
Á veces reverbera en tu mirada.
Tú lees en el espacio cristalino
El nombre de tu Dios en las estrellas;
Acaso ves el esplendor divino
De su rostro velándose tras ellas;
Tal vez has escuchado en las alturas
Su nombre alzado por las arpas santas,
Y vienes á decirlo á las criaturas,
Enviada de los ángeles,
En los místicos himnos que levantas.
Quién sabe si en tus horas de vigilia,
Cuando ardorosa inspiración te agita,
Y sientes que la estrofa allá en tu mente
Informe, alada y musical palpita,
El ángel de las íntimas tristezas
Arrebata tu espíritu, y lo lleva
Del sauce babilónico á la sombra,
Donde las arpas de Salem pendían,
Y escuchas resonar entre sus cuerdas
La última nota del cantar de lloro
De las hijas de Sion, cuando gemían,
Á la margen del Éufrates sonoro.
Ó bajo de las palmas olvidadas
En la honda soledad de los desiertos,
Ó bajo el árbol fúnebre que cubre
El lecho de una madre, entre los muertos.
Y allí, bajo esos sauces y esas palmas

Aprendiste esos cánticos sentidos,
Esos del corazón, vagos gemidos
Que hieren melancólicos las almas.
Mas que también consuelan
Porque hablan de virtud y bienandanza,
Y son como las alas con que vuelan
Las almas que padecen,
Á la dulce región de la esperanza.
Prosigue tu misión en esta tierra,
Ángel de los consuelos,
Mientras que de la tumba tras los velos
Tu párpado doliente no se cierra,
Y reclaman tu cítara los cielos.
Perdona, Carmen, si cansé tu oído
Con el tétrico son de mis cantares :
Como incienso del alma desprendido,
He querido traer á tus altares
Esta emoción hermosa que he sentido
Por tu cándida lira y tus hogares.
Tu Patria y tú ! Dos poéticas creaciones,
Dos armonías gratísimas y suaves...
Hallé un Edén... y en dúlcidas canciones
Su memoria dejáronme sus aves.
Tu Patria y tú ! Carísimo recuerdo
Que irá dorando el pensamiento mío...
Mientras... al soplo del dolor me pierdo
De mi destino en el turbión sombrío.

Jalapa, Enero 1866.



EN EL ÁLBUM DE A... M...

Dios en tu frente derramó hermosura,
El mundo flores derramó á tus pies...
La pobre nota de mi lira oscura
En que algo vá del corazón ¿qué es?
¿Qué es para ti la voz de un ignorado
Que trajera á tus puertas el azar?
Un eco pasajero, arrebatado
Por la aura fugitiva al resonar.
Para mí es un acento desprendido
Del alma palpitante de emoción:
Me pediste un cantar,... y su latido
Ofreciéndote está mi corazón.
Porque tú eres, mujer, una memoria
De esas horas de luz que ya perdí
¡Con cuántos sueños de placer y gloria
En mi alma tu recuerdo recogí!
Recuerdo alzado como blanco lirio
Entre las flores de mi loco ayer,

"Vive entre las espinas de martirio
Que circundan una alma sin placer.
Errante voy : mi huérfana existencia
Mañana no sé dónde llevaré
Mas en la noche de la triste ausencia
El astro de tu imagen buscaré.
Adiós... y deja que adorando vaya
Esa historia — ¿te acuerdas? — que pasó;
¡Ola de amor! en solitaria playa
Náufrago al corazón abandonó...

Puebla, Abril de 1864.



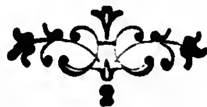


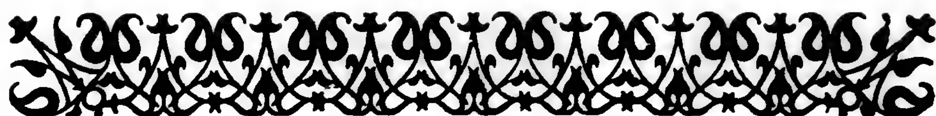
ÁLBUM DE MÁTILDE

Este álbum es un altar
Y tú, Matilde, la Diosa.
Guirnaldas de mirto y rosa
Debiera aquí deshojar,
Para así significar
Que también Naturaleza
En su poética grandeza
Rinde culto á los amores,
Haciendo brotar las flores
En honor de la belleza.
Pero las flores galanas
Que yo ofrecerte podría,
No son las que con el día
Abren sus hojas tempranas;
No son, niña, las ufanas
Flores que pinta la aurora
En los vergeles de Flora,

Y que busca amor ardiente
Para coronar la frente
De la belleza que adora.
No; las flores del poeta
Son sus versos, niña hermosa.
Á veces soberbia rosa,
Á veces pobre violeta;
Pero hijas de su alma inquieta,
Con sus ensueños nacidas,
Con su esperanza perdidas,
Llevan siempre entre sus hojas,
Con delirios y congojas,
Las lágrimas escondidas.
Y yo para ti quisiera,
Encantadora Matilde,
No la flor pobre y humilde
Que nada á tu alma dijera,
Sino la que digna fuera,
Por su aroma y su frescura,
De tu alma cándida y pura,
De tu limpio corazón,
Emblema de tu hermosura,
Imagen de tu ilusión.
Mas no se dan esas flores
Entre las zarzas de un huerto
Que han dejado ya desierto
Los años y los dolores.
La inspiración sus favores
No me quiere ya prestar,

Y me vas á perdonar
Que una tan pobre violeta
Haya dejado el poeta
En las gradas de tu altar.





PARA UN ÁLBUM

Cuando se va la noche, sus lágrimas hermosas
Sobre las flores deja, en gotas sin color,
Pero al romper la aurora, se tornan luminosas
En perlas cristalinas, diamantes de la flor.
Así mis pobres versos, sin brillo ni frescura,
De tu álbum en las hojas á derramarse van;
Mas si les dan tus ojos la luz de su hermosura,
Las inefables perlas de la amistad serán.





PARA EL ÁLBUM DE LAS SEÑORITAS MARKOE

Una limosna de perlas
Me pides, amigo impío ..
¡Cómo quisiera tenerlas
Para en las notas verterlas
Del humilde canto mío,
Y que cayeran preciosas
Blancas, pulidas, lucientes,
Sobre frentes tan hermosas
Tan puras y luminosas
Como lo serán las frentes
De esas beldades que inflaman
En tu alma la inspiración,
Y que tan bellas proclaman
Los versos que se derraman
De tu ardiente corazón.
Que perlas, joyas, riqueza,
Flores, perfumes, cantares,
Todo debe con presteza

Llevarse ante los altares
Del amor y la belleza.
¿No á la flor encantadora
Da su diadema el rocío?
¿No el Sol brillante colora
Con púrpura de la aurora
Los celajes del estío?
Que ¿no levanta sonoro
Cual ritmo de un arpa de oro,
Desbordando inspiración,
Un misterioso « te adoro »
Á la mujer la Creación?
Pues ¿cómo yo no daría
Á las beldades que cantas
Las flores del alma mía?
He aquí mi pobre poesía :
Llévala, Jorge, á sus plantas,
No importa no conocerlas ;
Vé mis versos á ofrecerlas
Que, si los ven sin enojos,
Los transformarán en perlas
Las miradas de sus ojos.





TÚ NOMBRE

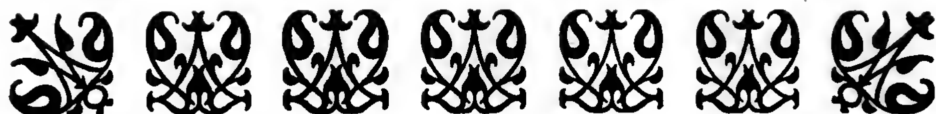
(Álbum de María).

Más puro que las flores,
Más grato que su aroma,
Más suave que el arrullo
Gentil de la paloma;
Más musical que el trino
Del pájaro ante el día,
Es para mi memoria
El nombre de María.
Abrióme, cuando niño,
Mi madre idolatrada
De una sublime historia
La página sagrada,
En que ella, sofocando
Sus lágrimas, leía
Con un amor inmenso
El nombre de María.

Hablaba de una virgen
Que fué en su patrio suelo
Más pura que las nieves
Que cubren el Carmelo ;
Más celestial que el ángel
Más fúlgida que el día...
La quiso Dios por madre
Y la llamó María.
Más tarde, en la mañana
Feliz de mi existencia,
Cual la esperanza bella,
Pura cual la inocecia,
Soñé la dulce virgen
Á quien llamaba mía...
Era mi amor primero,
Llamábase María.
Después, cuando en la noche
Terrible de mis duelos,
Perdida mi esperanza
Se remontó á los cielos,
Y mi alma quedó sola,
Tan sola en ns agonía,
Mi labio sollozaba
El nombre de María.
Y ahora, cuando todo
Se acaba y desparece,
Y el sol de mi existencia
Declina y palidece ;
Cuando ya nada sabe

Amar el alma mía,
Aun oye allá en su fondo
El nombre de María.
   Y pues que tú le llevas,
Niña gentil y hermosa,
Que sea de tu existencia
La estrella luminosa
Que la tiniebla ahuyente
De la desgracia impía,
Y al cielo te acompañe
Tu nombre de María.



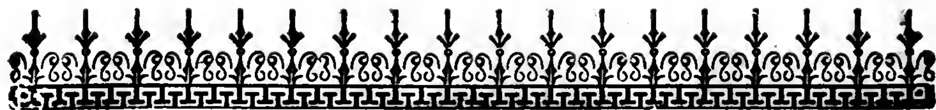


A MARÍA

Amargo es mi vivir como la muerte :
Sangre del corazón, con sus despojos,
De la vida abandono en los abrojos,
En las borrascas de mi negra suerte.
Mas ¡ cuánto soy feliz si llego á verte !
Está la luz en tus divinos ojos,
Está la vida entre tus labios rojos,
Y un mundo de ilusión hay en quererte.
Amé la gloria, la busqué anhelante
Y era sólo quimera del deseo...
¡ La gloria ! ¿ qué es la gloria si delante
Tengo el amor, la dicha, si te veo,
Y al contemplar tu angélico semblante
Sólo en la gloria de adorarte creo ?

Marzo de 1864.





LAS ESTRELLAS

¡Qué bello es el crepúsculo
Del moribundo día
Con su indecisa luz!
Ansiosa el alma mía
Espera el melancólico
Instante en que la sombra
Extienda su capuz.

En esas horas tétricas
Al cielo abre su broche
Del corazón la flor.
Los astros de la noche
Sobre la frente pálida
Derraman misteriosos
Su trémulo fulgor.

Entonces ¡ay! el ánima
Que exhala su querella

De incógnito dolor,
Se finge que la estrella
Acaso es un espíritu
Que busca los misterios
Sublimes del amor.

En esa llama pálida
Que en la serena calma
De las estrellas ví,
Se esconde acaso una alma
Que espera, de amor trémula,
Otra alma de la tierra
Para adorarse allí.

Quizá á ese mundo fúlgido,
Las almas que se aman
Ausentes, con dolor,
Se citan y se llaman,
Para el abrazo místico,
Nupcial y misterioso
Del ideal amor.

Acaso en esas célicas
Ignotas claridades
De perennal quietud,
Están las soledades
Donde de amor estáticas
Gozando están las almas
Del Ser la plenitud.

Y acaso las que férvidas
No gozan bajo el cielo
Las dichas del amor,
En alas de su anhelo
Se encuentran en las fúlgidas
Regiones, y un instante
Le adoran sin dolor.

Y acaso son las lágrimas
Que las auroras doran
En la temprana flor,
Las que esas almas lloran,
Cuando abandonan tétricas
La estrella do tuvieron
La cita de su amor.

Agosto 7 de 1869.





JUNTO Á TI

Traducción libre de Safo.

Feliz aquel que de tu voz percibe
Siquier el eco musical y blando,
Y una sonrisa plácida recibe
Tu espléndida belleza contemplando.
Feliz aquel que junto á ti respira
El suave aroma de tus labios rojos,
El que contigo de pasión suspira
Y retrata sus ojos en tus ojos!
Cuando turbado, respirando apenas,
Llego á tu lado palpitante y ciego,
En mi férvida sangre por mis venas
Siento correr inexplicable fuego.
Confusa nube ante mis ojos pasa,
En vano hablarte delirante quiero,
Me abandona el vigor, mi alma se abrasa
Y ante tus plantas desfallezco... y muero!

Agosto 22 de 1873.

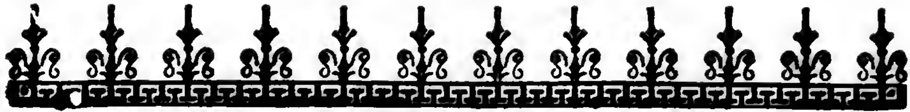


Á ROSARIO

Rosas y estrellas para ti... las rosas
Para alfombrarte el suelo;
Y las blancas estrellas temblorosas
Para dar á tu sien, flores del cielo.
Pero nó!... rosas nó!... tus labios rojos
Pálidas las harían;
Y ante la luz de tus divinos ojos
Las estrellas, Rosario, ¿qué serían?
Esencia de mi ser, luz de mi vida,
Corazón que palpita dentro el mío,
Cariñosa paloma adormecida
En el regazo de mi amor sombrío;
¿Cómo te pagaré, fe de mi alma,
La inmensa dicha de llamarte mía?
Mi alma era tempestad... tú eres la calma,
Mi espíritu la noche... y tú eres día.
Sobre tus labios de pasión encesos,
Grupo fragante de encendidas flores,

Mariposas de amor, vayan mis besos
Á embriagarse en la miel de tus amores.
Te adoro con pasión! Mientras que en vela
Estás al lado de la enferma, triste,
¿No sientes que hay una alma que á ti vuela,
Que está contigo, que contigo existe?...
Te adoro con pasión. Envíame, loca,
En el aire que pasa tus caricias,
Que yo en el aire sentiré tu boca,
Y la ardiente embriaguez de tus caricias.
Tu mirada es la luz y la hermosura
Porque tu alma refleja,
Y tu labio una gota de dulzura
En cada nota de tus versos deja.
Queden los míos ante tus pies dispersos,
Que no hay más flores que tus labios rojos,
Ni más dulzura que tus lindos versos,
Ni más estrellas que tus dulces ojos.





SUEÑOS

Sueño yo con unas horas
De tan dulces alegrías;
Sueño tan felices días
Bajo el techo de un hogar;
Siento ya tan dulcemente
Desmayada y cariñosa
La cabeza de una esposa
En mi pecho descansar;
Oigo ya — cuando la noche
Nos junta en el lecho blando —
Tan plácida resonando
Su lectura, á media voz;
Después la siento á mi pecho
Tan tiernamente acogida,
Tan suavemente dormida
De mis brazos al calor;
La despierto cuando el día
Lanza ya su rayo de oro,

Con un beso tan sonoro,
Con un « te amo » tan feliz;
  Oigo ya tan delicioso
El bullicio, la alegría
Y la loca algarabía
De un pequeñuelo gentil;
  Que pensando en estas cosas,
Que, pareciéndome verlas,
Siento... que de no tenerlas
Se me oprime el corazón,
  Pienso en ellas... y á mi lado
Busco en vano á mi Rosario...
Mi lecho está solitario
Y mis sueños... Sueños son!...





Á R...

... Vengo delirante porque te amo
Corriendo á ti como á la mar el rio.

ROSARIO.

Rápido al mar se precipita el río :
Así tu amor dulcísimo en el mío...
Dices bien, mi Rosario, dices bien,
En el mar de mi amor, de cada ola
En la amargura atroz, tú eres la sola
Dulzura ansiada que por fin hallé.
Sí, mi amor es un mar. Por eso un día
Lo sacudió tan fúnebre y sombría
La tempestad inmensa del dolor;
Del sufrimiento el tenebroso velo
Cubrió su sol, ennegreció su cielo,
Y el rayo destrozó mi corazón.
Sí, mi amor es un mar. Pero hoy sus olas
Reflejan las temblantes aureolas

De un sol de paz, de dichas y placer.
Sí, mi amor es un mar; pero está en calma;
En él navega cariñosa tu alma,
Por eso el cielo se refleja en él.

Puebla, Octubre 7 de 1877.





TUS VERSOS

Como celeste rocío
En los pétalos dispersos
De rosa que ajó el estío,
Así derrama sus versos
Tu corazón en el mío.
¿Cómo no te he de querer,
Cómo no te he de adorar,
Si hay un mundo de placer
En el divino cantar
De tus labios de mujer?
Qué tú no me amas? Mentira!
¿Quién presta á tu inspiración
Voz que tan tierna suspira?
Quién, sino Amor, una lira
Ha puesto en tu corazón?
Por eso la Poesía
Ha bañado en ambrosía
Esos tus labios encesos,

Donde tiene el alma mía
Una nidada de besos.
¿Nó Amor encendió tus ojos?
¿Nó abrasó tu corazón?
No dió á tu frente sonrojos,
Y puso en tus labios rojos
El beso de la pasión?
Pues ¿cómo te negaría
El acento seductor
De los versos, alma mía,
Si la dulce poesía
Es idioma del amor?
Amor en el alma canta
Vagas estrofas sin nombre,
Pero de dulzura tanta
Que calla... porque le espanta
La tosca lengua del hombre.
Y por eso necesita
De la dulzura infinita
Del idioma de los Dioses,
De esa palabra bendita
Que tú, Rosario, conoces.
Háblame así, siempre así!
Deja que tienda su vuelo
El alma lejos de aquí!
Deja que sueñe en el cielo
Cuando esté junto de ti.
Deja que beba en tu aliento,
Con lo dulce de tu acento,

Lo intenso de tu pasión;
Y que ame yo tu talento
Como amo tu corazón.
Que en esos instantes bellos
(Tan gratos á la memoria)
Que juego con tus cabellos,
Presienta tocar en ellos
Una corona de gloria.
Que si es mi encanto soñarte,
Y mirarte mi embeleso,
Sea mi delicia escucharte,
Y dulces versos ahogarte
En los murmullos del beso.
Háblame así, siempre así!
Deja que tienda su vuelo
El alma lejos de aquí;
Deja que sueñe en el cielo
Cuando esté junto de ti.





GUIRNALDA

Á ti que eres amor de mis amores,
Mi sola adoración, el culto mío,
De mi alma entretejida con las flores
Una guirnalda de pasión te envío.
Sí; la guirnalda que á ofrecerte vengo
Con las flores del alma está tejida,
¡Ay! con mis versos, lo único que tengo,
Pobre y oscuro en mi desierta vida.
Yo soy muy pobre, sí; desheredóme
La voluble fortuna de sus dones,
Y en cambio un alma, por tormento, dióme
Abrasada de locas ambiciones.
Yo quisiera un laurel, quisiera un nombre,
Quisiera el ruido de la inmensa fama...
Dichoso aquel que con su lauro alfombre
El camino que pisa la que ama!...
Dichoso el que un altar sobre la tierra
Á fuerza de poder llegara á alzarla,

Y con cuanto tesoro el mundo encierra,
Un templo levantar para adorarla!
Dichoso, sí, dichoso sin segundo
El que pudiera con amante anhelo
Por solo una sonrisa, darle un mundo,
Por solo una caricia darle un cielo!
Dichoso, sí; ¡ mas pobre del que quiere
Y, queriéndolo todo, nada alcanza,
Y en el rincón de su tristeza muere
Sin la ilusión siquier de la esperanza!
¡Ah! ¿por qué entonces al deseo se tiende
Inmenso y rico el porvenir fecundo,
Y en el altivo corazón se enciende
Algo capaz de conquistar un mundo?...
Sueños de porvenir y de grandeza,
Esperanza feliz, luz de las almas...
¡ Oh! yo bien sé que nunca á mi cabeza
Sombra darán los lauros ni las palmas.
Bien sé que es loco mi ambicioso anhelo,
Este fuego del alma y su delirio;
Es ver de lejos el azul del cielo,
Al hundirse en la noche del martirio.
Se perderá mi vida solitaria
Cual hoja que ya inútil se derrumba;
Ni un nombre, ni una cruz, ni una plegaria
Habrá sobre la losa de mi tumba.
Mas ¿qué importa el no ser para mí nombre?
¿No eres tú mi pasión, no eres mi gloria?...
¿Qué es el recuerdo efímero del hombre,

Si consigo vivir en tu memoria?...

. . . .

Tú lo sabes ¿verdad, — hermosa mía?...
Que si esta loca gloria que ambiciono
Pudiera yo alcanzar, levantaría
Á nuestro amor y tu beldad un trono.
Con mi tesoro de ternura inmenso,
Con mi poder, mi gloria, mi riqueza...
El mundo entonces quedaría suspenso
Ante mi regio amor y tu belleza.
Y ninguna ilusión, dicha ninguna
En vano tu capricho desearía;
Que á tus plantas esclava, la fortuna
Con sus rosas tu senda alfombraría.
Tú la bella sin par entre las bellas
¿Qué rival encontráras en el suelo?...
En dónde están las pálidas estrellas
Cuando el soberbio sol brilla en el cielo?...
El amor no es un Dios? En sus altares
Las rosas, los diamantes, los aromas,
De la gloria los épicos cantares,
El arrullo de amor de las palomas.
Y á tu planta el incienso de las flores,
Cascadas de diamante en tus cabellos,
Y, ebrios mis ojos de placer y amores,
Buscar los tuyos y dormirse en ellos.
Y el suspiro feliz de la alegría,
Y de la dicha la inefable calma,

Y entre nubes de luz y armonía
Muda ante ti de adoración el alma!...

. . . .

. . . .

Oh mi Rosa... oh mi amor! Si nada tengo,
En su impotencia el corazón estalle...
Y que mi labio audaz, cuando á ti vengo,
El polvo toque de tu huella... y calle!...





A ROSA

Cuando inclinaste tu cabeza hermosa
Sobre mi corazón, Rosario mía,
En tanto que mi mano cariñosa
Jugando en tu cabello se perdía.

En esa hora de amor tan venturosa
¡Qué dulcemente el corazón latía
Al sentir una carga tan preciosa!
¿Oíste lo que entonces te decía?:

« Te amé cuando eras niña; mi alma entera »
« Se embriagó de ese amor en el encanto »;
« Joven, tú fuiste mi pasión postrera »;

« Y si aún ingrata te adoré con llanto »,
« ¿Dónde hallarás quien como yo te quiera? »
« ¿Dónde hallarás quien te idolatre tanto?... »





MIS DESEOS

¿Sabes lo que quisiera, vida mía,
Cuando mirarte sin cesar deseo,
Y pasa hora tras hora, y pasa el día,
Y te llamo y te busco, y no te veo?
Quisiera ser la flor afortunada
Que de su tallo distraída arrancas,
Y que al verse contigo comparada
De envidia muere entre tus manos blancas.
Quisiera ser el libro cuyas letras
Recorre tu mirada seductora,
Mirada angelical con que penetras
Y enloqueces el alma que te adora
Quisiera ser el pálido lucero
Que al caer la tarde con tristeza miras;
Ó las alas del céfiro ligero
Que pasa junto á ti, cuando suspiras.
Quisiera ser el muro en que tu sombra
Cuando tú pasas se dibuja airosa;

Quisiera, sí, quisiera ser la alfombra,
El polvo mismo en que tu pie se posa.
  Y ser aún lo que te cause enojos,
Y ser lo más humilde y más precario,
Con tal de estar contigo, y ver tus ojos,
Y vivir adorándote, Rosario.





Á MI ROSA

Buscaba una alma que juntar á mi alma
Para envolverla en mi pasión de fuego,
Para con ella, delirante y ciego,
Perderme en lo infinito del amor.
Para dar una forma á esos ensueños
Que incendian mi cerebro desde niño;
Para partir con ella mi cariño,
Para partir con ella mi dolor.

Y la encuentro por fin, una alma niña,
Mas ya con el poder del pensamiento
Mezclado á lo ideal del sentimiento...
Una alma de poetisa y de mujer.
Y la amo con pasión... Piensa en mi mente,
En mi espíritu está, vive en mi vida;
Dulce la lleva el corazón dormida
Paloma de mi amor, ser de mi ser.

. . . .
. . . .

¿Qué no comprendes, Rosa, en el acento
Trémulo de pasión con que te llamo,
El frenético amor con que te amo,
Que no tu amante, mas tu esclavo soy?...
Que al decirme que me amas desearía
Morirme de placer entre tus brazos;
Que me matan tus férvidos abrazos,
Que siempre loco ante tus pies estoy?...

Presiento que te acercas, sin mirarte,
El ruido de tus pasos me estremece,
Y mi frente abrasada palidece
Al *bésame* que vibra en tu canción.
Cuando me acerco á ti, cuando te abrazo
Hierve la sangre férvida en mis venas...
Están mis noches de visiones llenas...
Tengo en el corazón fiebre de amor...!

Te amo y quiero la dicha...! pero inmensa...
Para pagarte la que tú me dieres;
Quiero envolver tu vida de placeres,
Enloquecerte de pasión cual yo;
Y cuando ebrio de amor beba en tus labios
Torrentes de placer y de delicias
¡Mátame por piedad con tus caricias...!
¡Mátame, mi Rosario, con tu amor...!

Junio de 1870.





DESPUÉS

Después que me dejaste ¿no sentiste
Algo que te seguía?
Después que me dejaste, muda y triste
Te sigue el alma mía.

Al mirarla pasar tras tu pisada
En las sendas desiertas,
Huye el ave del árbol espantada,
Y caen las flores muertas.

Al mirarla pasar, sombra gimiente
Inclinada á tus huellas,
Hay algo que se queja en el ambiente
Y opaca las estrellas.

Y al detenerse en su camino incierto
Bajo una negra palma,
Gimió la palma, y sollozó el desierto,
Al ver tan triste mi alma.



RESUCITÉ

Te creí muerta, y en el sudario
De mis recuerdos
Te amortajé.
Y al lado tuyo, también ya muerta
Y amortajada
Mi alma dejé.
Hoy nuestros labios se han encontrado :
Resucitaste...
Resucité.

Diciembre 25 de 1875.





JENNY

(*Una página de mis recuerdos*).

El á su lado con pasión la mira
Y su alma toda en su mirada va,
Y *ella*, que lo ama y con su amor delira,
Lánguida y muda y palpitante está.
Es una virgen oriental, más bella
Que la misma esperanza y la ilusión;
Hay algo de los ángeles en ella,
Como hay algo del cielo en su pasión.
Á la sombra que cae de su pestaña
Sus grandes ojos á dormirse van;
Y en palidez dulcísima se baña,
En palidez de amor su linda faz.
Hay de la virgen en los negros ojos
Mundos de silenciosa adoración;
El beso tiembla entre sus labios rojos;
Desfallece de amor su corazón.

Y hubo un instante en que perdida, loca,
Delirante de amor, se arrodilló,
Y *él*, entre besos, de su linda boca
Estas palabras con pasión bebió.

« Ven, acércate á mí, bien de mi vida!
Quiero gozar la luz de tu mirada,
Quiero sentir el alma enajenada,
Y venturoso el corazón latir.

Necesito decirte que te amo,
Y apretarte á mi seno palpitante,
Y sentirme morir en el instante
Que á tus labios mis labios pueda unir! »

« Tú no puedes saber, tú no comprendes,
Con qué inmensa pasión te estoy amando...
Déjame enloquecer...! Estoy llorando
Pero este el llanto de la dicha es.

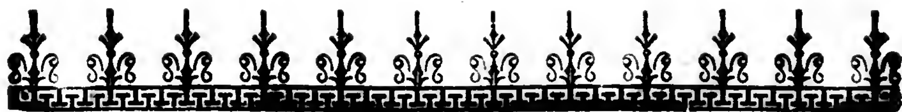
Si alguna vez, ingrato, abandonares
Esta pobre mujer que te ama tanto,
Acuérdate ¡ ay ! que te adoré con llanto,
Que de rodillas me postré á tus pies...! »

. . . .

. . . .

Y en la ventura de su amor perdidos,
En un abrazo delirante presos,
Ocultaron sus rostros confundidos
Empapados de lágrimas y besos.

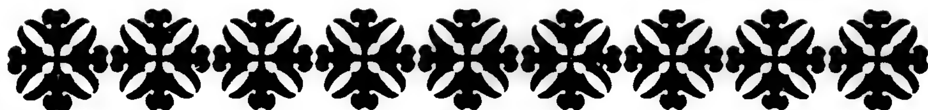




JENNY

Sobre mi frente un beso !... Ya pasó ;
Pero ha dejado mi alma perfumada :
Flor entreabierta, otra alma enamorada
En la mía su perfume derramó.
Beso feliz, estremeciste mi alma,
Como al soplo del aura se estremece
Tranquilo lago, que retrata en calma
El firmamento azul que resplandece.
Un momento se turba... y vuelve luego
Más bello el firmamento á retratar :
Mi alma era un cielo ya... beso de fuego
Aun más celeste la dejó al pasar.





UNA GOTA...!

Á Paz.

Tengo en el alma sed! Sed de ternura,
Sed de tu amor, encantadora Paz,
Desde que ví la luz de tu hermosura
En mi alma vives y conmigo estás.
Tengo en el alma sed! Sed de mirarte,
De ver tus ojos, de escuchar tu voz;
De hablarte con pasión y de adorarte,
Como adoran los ángeles á Dios.
Sueño... y mi sueño con amor bendigo,
Porque tu imagen en mi sueño está,
Ángel de luz que por doquier conmigo
Mi pobre vida iluminando vá.
Tengo en el alma sed... nunca se agota,
Porque es sed de tu amor, divina Paz...
Te adoro con pasión!... Dame una gcta,
Una gota de amor... y nada más!...

Teziutlan, Nbre. 8 de 1867.



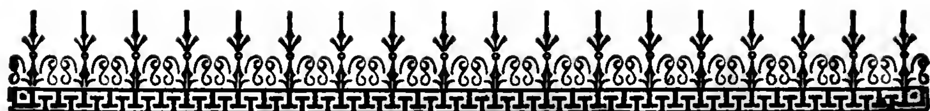
LA ROSA

Á Rosa.

La rosa es el amor. Se abre temprana
Á los besos del sol en la pradera,
De las flores envidia y soberana;
Mas dura lo que dura una mañana,
Lo que dura la dicha que se espera.
El fuego que sus pétalos colora
Es el de un alma que á vivir despierta,
De la pasión en la divina aurora;
Y su rocío las lágrimas que llora
El corazón sobre su dicha muerta.
Como al alma el amor que le da vida,
El sol que abre la rosa, la consume;
Pero al doblarse ya descolorida,
Cual guarda el alma su ilusión perdida,
Guarda también la rosa su perfume.
La rosa es el amor. Hija del cielo,

Alza al azul sus hojas purpurinas,
Como alza el alma á la esperanza el vuelo.
Después... después no quedan en el suelo
Más que sólo recuerdos... sólo espinas.



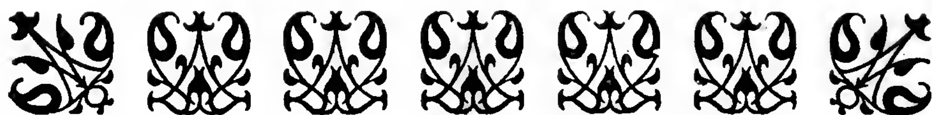


FRAGMENTO

Óyeme niña. Lo que Dios ha escrito
Con la cifra de luz de las estrellas
En las sombras del éter infinito,
Y de las flores con las tintas bellas
En el verde tapiz de la llanura;
Lo que cantan soberbias de hermosura
Del Océano las olas prepotentes,
Y, al eco gemidor de las montañas,
Enseñan los torrentes;
Lo que el aura murmura entre las cañas;
Lo que dicen los pájaros al día,
Y la fuente del Oasis á la palma,
Ese nombre bendito, Elisa mía,
Tú lo escribiste aquí... dentro del alma!
Ese nombre es amor, divino nombre
Que al través del cortejo de los mundos
Arroja Dios al corazón del hombre,
Chispa del Alma eterna desprendida

Para encender en la Creación inmensa
La misteriosa llama de la vida.
  Ese nombre está aquí! aquí esa llama;
Tengo en mi corazón un firmamento
En que, como una aurora, se derrama
Una inefable luz; tu pensamiento.





A.

Flor de mi dicha, de mi ser encanto,
Quisiera que en los versos que te envío
Hallaras mi alma... pero te amo tanto
Que no sé qué decirte, ídolo mío.
Cómo se habla de amor ? Cómo se expresa
Esta embriaguez ideal, esta locura,
Este soplo del cielo que nos besa
Y hace temblar el alma de ternura ?...
Espíritu de amor, luz de la vida,
Corazón que palpitas en el mío,
Cariñosa paloma adormecida
En el regazo de mi amor sombrío :
Cómo te pagaré, fe de mi alma
La inmensa dicha de llamarte mía ?
Mi alma era tempestad — tú eres la calma,
Mi espíritu la noche — tú eres día.
Para ablandar mi corazón de hombre,
Para olvidar del mundo los enojos,

Me basta recordar tu dulce nombre,
Me basta la mirada de tus ojos.
  Sobre tus labios de pasión encesos
Grupo fragante de divinas flores,
Mariposas de amor vuelan mis besos
Á embriagarse en la miel de tus amores.
  Eres vida, eres luz, eres poesía,
La estrella de mis noches solitarias,
El Sol hermoso de mi opaco día,
El ángel de mis férvidas plegarias.
  Hazme sentir tu cariñoso abrazo,
Arrúlleme tu voz de fe y consuelo,
Y deja que, durmiendo en tu regazo,
Mujer de bendición, sueñe en el cielo.





CINCO DE MAYO

(1862)

Alza, oh Patria tu voz! Arroja al viento,
Olímpico y sonoro
Tu cántico de gloria!
Y flote en el inmenso firmamento,
Como una nota de oro
El himno de tu espléndida victoria!
En pie, Patria inmortal! Álzate grande
En tu guerrera pompa
Cubierta del combate con las galas;
Mientras abriendo las robustas alas
El águila triunfal, los aires rompa
Su ronco silbo que al espacio atruena,
Y vuela á despertar en su guarida,
Con las alas ya rotas y vencida,
Al águila imperial del turbio Sena.
Á ti, la vencedora, á ti se vuelva

Del mundo la mirada ;
Purpúreo está tu desgarrado manto ;
Purpúrea está tu veste ensangrentada ;
El polvo del combate
El relámpago ofusca de tu espada ;
Sobre tu frente de amazona brillan
Las hojas del laurel, y tus legiones,
Negras de la batalla,
Ante ti victoriosas se arrodillan,
Mientras flotan sobre ellas los pendones
Que rasgó el huracán de la metralla.
Levántate, guerrera de Occidente,
Ostenta la hermosura
De tu laureada frente,
Centellante de indómita bravura :
Que, así como en el orbe brilla el día
De la mañana al fulgoroso rayo,
Así brillas de gloria, Patria mía,
Ante la aurora de tu Sol de Mayo.





HIMNO PATRIÓTICO

Coro.

Mexicanos que amáis vuestro suelo,
Á mi grito mil gritos juntad;
Y resuene en el cóncavo cielo
« Salve! salve gentil Libertad! »

1.

— Oh mi Patria! tus hijos un tiempo
Con su sangre compraron victorias,
Y al espléndido Sol de cien glorias
Las naciones te vieron nacer.
Á la sombra de bélicas palmas
De laureles la frente ceñiste,
Y en pedazos de cetro pusiste,
Triunfadora, tu cándido pie.

2.

Hoy arroja la suerte enemiga
Á tu suelo extranjeras legiones,
Y á la luz de sangrientos cañones
Levantaron su trono imperial.
¡Ay de trono, y monarca y nobleza!
¡Ay de aquellos vencidos en Mayo!...
Es del pueblo la cólera, rayo
Que ni polvo imperial dejará.

3.

Salve Patria! Si mano extranjera
Con su farsa de rey te desdora,
La república fiel que te adora
Lavará con la sangre el baldón.
Que aun tenemos desierto y montañas
Donde el bravo se apresta á la lucha,
Donde el grito de guerra se escucha
Donde truena, mortal, el cañón.

4.

Salve, Patria! Si un tiempo tus hijos
Con su sangre compraron victorias,

Nuevos lauros y triunfos y glorias
Tus guerreros, los libres, traerán.
Y ¡ay! de nobles, traidores y esclavos
¡Ay! de imperio que al pueblo destrona,
Cuando tu águila fiel, sin corona,
En sus garras sus restos tendrá!...
  Mexicanos que amáis vuestro suelo
Á mi grito mil gritos juntad;
Y resuene tu nombre en el cielo,
Oh divina y gentil Libertad!

Septiembre 1864.





HIMNO

PARA EL ANIVERSARIO DE LA PROMULGACIÓN DE LA CARTA CONSTITUCIONAL DE 1857

Coro.

No tenemos más rey que las leyes,
No tenemos los libres, señor;
Vale más que coronas y reyes
Nuestro hermoso pendón tricolor.

1ª.

Al romper, oh mi Patria, de Iberia
Las cadenas tu altivo heroísmo,
La ignorancia y el vil fanatismo
Se asilaron sombríos á la Cruz;
Más allí los combaten gloriosos
Los que grande una Patria reclaman,
Y á la faz de dos mundos inflaman
De Progreso y Reforma la luz.

2ª.

Loor eterno á esas leyes que abrieron
Á mi Patria un camino de gloria:
Son las huellas de luz que á la Historia
Vas dejando al pasar, Libertad!
Loor eterno á los fuertes varones
Que su sangre por ellas vertieron:
Al seguir el camino que abrieron
De los libres el canto entonad:
« No tenemos más rey que las leyes,
No tenemos los libres, señor;
Vale más que coronas y reyes
Nuestro hermoso pendón tricolor ».

Febrero 1865.





ANIVERSARIO DE LA PATRIA

(*Prisión en la fortaleza de San Carlos, Perote, durante el Imperio.*)

Luto en el alma y en la faz vergüenza
Debiéramos llevar ¡oh Patria mía!
¿En dónde están tu orgullo y tu valía?
¿En dónde de tu gloria el esplendor?
¿Se ha convertido el grito de la guerra
En llanto de mujer y de cautivo?...
El mexicano corazón altivo
¿Ha muerto al patriotismo y al valor?
Hay un pueblo que dobla su cabeza
Bajo la bota férrea del soldado,
Sangriento, escarnecido, maniatado,
Que empujan los sicarios á la cruz:
Pueblo infeliz vendido á sus verdugos
Como Jesús, por la traición impía;
Y vá á morir.... y alumbra su agonía
De incendio y guerra la funesta luz.

Como el manto de Cristo en el calvario
Partieron los verdugos execrables,
Tu manto, ¡ oh Patria! al golpe de los sables
Tus matadores dividiendo están.

. . . .

Has tenido tu cáliz de amargura
Y tu corona lúgubre de espinas,
Y miserables manos asesinas
Abofetean tu soberana faz.
Mas como la de Cristo, esa tu sangre,
Tu Gólgota y tormento son fecundos :
Grande es tu sacrificio ante los mundos,
Que es también redención la Libertad.
¿ Qué es la vida?. — La sangre que palpita
Y corre en el mortal... Quizá en la tierra
La sangre que correr hace la guerra
Es vida de la grande humanidad.
Misterio es del vivir... Mas las naciones
Con sangre nacen y con sangre crecen;
Tras las razas que caen y desparecen
Se levanta radioso el porvenir.
Allá, inmortal, la humanidad camina
De los siglos llevada al oleaje...
Quién sabe si esta América salvaje
Es dueña de las glorias por venir!...
Hace tiempo que bárbaro apellida
Al Nuevo-Mundo la imperial Europa...
Allá en tiempos atrás bárbara tropa
La Roma de los Césares holló.

Y el brocado y la púrpura del solio
Tuvieron por alfombra sus corceles,
Y el bárbaro sus bélicos laureles
Del Imperio en las ruinas recogió.
Así también, quién sabe si mañana
Sus legiones América desplome,
Y con su pie republicano dome
De Europa la monárquica cerviz.
Quién sabe si de América la joven
La Libertad del orbe se levante,
Quién sabe si es su porvenir gigante,
De los tronos al mundo redimir.
Quién sabe!... En tanto á México la bella
Un extranjero audaz impone leyes,
Y el irrisorio manto de los reyes
En sus hombros oblígala á llevar;
Y por último insulto solemniza
Las grandes glorias que tuviera un día...
¿Qué saben de tus glorias, Patria mía,
Esos reyes mendigos de ultramar?...
Tú, tierra de mis padres, tan hermosa
En medio de tus montes seculares,
Al ronco son de los revueltos mares
Sonriendo al rayo de tu cielo azul;
Que en lecho de oro, sostenida en flores,
Sultana voluptuosa de Occidente,
Te envuelves en el manto trasparente
De tu embriagante atmósfera de luz.
Tú que al nacer rompiste tus cadenas

Y al rostro de tus amos las tiraste,
Tú que, niña amazona, coronaste
Tus sienes de magnífico laurel:
Tú, cuna de cien héroes, cuya historia
Del alma Libertad el poema encierra,
Triunfadora en el campo de la guerra
El viejo Mundo te miró nacer.
Y niña aun, á la infatuada Europa,
Á esa tierra decrépita de reyes,
Decir supiste en inmortales leyes
Que tu frente se avanza al porvenir.
Que el espíritu inmenso que te inflama
Es el del siglo entre los siglos grande,
Que quieres, como el cóndor en el Ande,
La luz, la libertad para vivir!...

. . . .

. . . .

Pero no son tus ricas esperanzas,
No es tu corona de futuras rosas
Lo que vengo á cantar...
Sombras grandiosas
De nuestros padres mártires, oid!...
La tierra en vuestra sangre bautizada,
La que nos disteis como Patria un día,
Vuestra Patria infeliz, la Patria mía
Está sangrando en tenebrosa lid.
En la cerviz de su águila altanera,
Águila mexicana, la amazona,
Imbéciles han puesto una corona

Convirtiendo en harapo el pabellón...
¡Águila de Anahuác, alza la frente
Y el profanado pabellón desgarra!
Haz trizas la corona entre tu garra,
Lava con sangre extraña tu baldón!

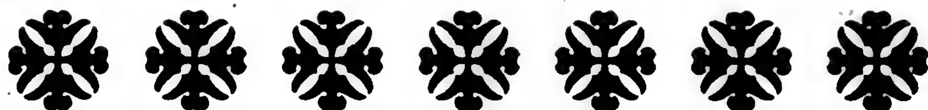
. . . .

. . . .

Pero no morirás!... Oye el acento
Que en cada libre corazón retumba,
Es una voz salida de la tumba,
La augusta voz de nuestros padres es.
« Álzate ¡oh Patria! y en la lid tremenda
De ¡muerte ó libertad! el grito entona
Y ese cetro irrisorio, esa corona
Y la frente imperial pon á tus pies ».
« Á la espantada cara de la Europa
Arroja una cabeza coronada,
Que salpique con sangre, cercenada,
De los reyes la triste majestad:
Que sepan que la tierra de los libres
Es la indómita tierra de los bravos,
Y que aquí nada más somos esclavos
De Patria, Independencia y Libertad ».

Castillo de Perote, septiembre, 16 de 1865.





AL CIUDADANO PRESIDENTE BENITO JUÁREZ

Como las olas de una mar salvaje,
Su presuntuosa y mercenaria tropa,
Sedienta de exterminio y de pillaje
En nuestras playas desbordó la Europa.
Los Reyes de ultramar vieron que, altiva,
La República joven de Occidente,
Tras de romper sus hierros de cautiva
Alzó á la luz del porvenir su frente.
La vieron débil, opulenta y bella,
Y con ansia de buitre, la desearon,
Y con garra de buitre sobre ella
Á destrozar su seno se aprestaron.

. . . .

Tú, mi Patria, la esclava de los Reyes?
Tú á la merced de bárbaro extranjero?
Tú doblegarte á las inicuas leyes
Que dictara un audaz aventurero?...
¡Jamás, mi Patria! Con heroico aliento

Álzate noble y cruja la pelea!
Y que estremezca la región del viento
Este grito no más : ¡La guerra sea!
Y fué la guerra... Oid el alarido,
El hurra de las bélicas legiones,
Y á la luz del incendio, el estampido
Y el sonoro rodar de los cañones.
Allí está Puebla, donde el polvo muerden
Los hijos de la Fama y la Victoria!
Franceses orgullosos... que se acuerden
Que allí la espalda les volvió la gloria.
Puebla está allí!... Después en su recinto
Entre el humo. el escombro y la agonía,
Cae el guerrero con la sangre tinto,
Y *¡Libertad!* gritando, sucumbía.

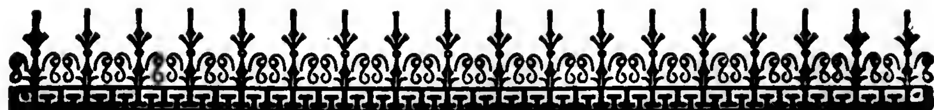
. . . .

Héroes sin nombre, glorias ignoradas!...
Que tanta sangre fraternal vertida,
Tanta negra ceniza, sean lanzadas
Del traidor á la frente maldecida!
Ellos, los Judas, de Caín hermanos,
Se unieron sin rubor al extranjero,
Y aun no se cansan sus nefandas manos
Del sangriento trabajo de su acero.
Allí está su obra! El soplo de la guerra
Quema y devora nuestro fértil suelo;
Llanto y sangre no más riegan la tierra,
No hay más que oprobio, y proscripción y duelo.
Y mientras todo en derredor humea,

Al fuego de los bárbaros combates,
El Imperio insolente se pasea
Recogiendo botín con sus magnates.
Y todo es hecho? Y nuestra tierra suya
Hará por fin el extranjero infame?
No hay un poder que su poder destruya?
Ya no hay un hijo que á su Patria ame?
Sí, vedlo allí! Sus hechos, su memoria,
Ya los guarda la Patria en sus altares;
Y el polvo de los siglos, de la Historia
Jamás el nombre borrará de *Juárez*.
Él fué la fe cuando la fe moría,
Cuando nadie esperaba, él esperaba,
Y cuando *todo* en derredor caía,
Grande como los héroes, él se alzaba.
Él fué la idea del Porvenir sagrada
Combatiendo al pasado rencoroso;
Le dió la Libertad terrible espada,
Y dióle el pueblo su poder grandioso.
Él fué guardián de nuestras patrias leyes,
Él al Progreso preparó el camino;
Ciudadano más grande que los reyes
Que frente á frente le arrojó el destino.
Él es la salvación; él quien redime
Á la Patria infeliz del cautiverio;
Él el esfuerzo vengador, sublime,
Que en negra fosa derrumbó al Imperio.
¡Gloria al que viene en el sagrado nombre
De la adorada Libertad proscrita!

Á Él deberás tu dicha y tu renombre,
Patria infeliz, del corazón bendita!
¡Tejed coronas, entonad canciones,
Vírgenes bellas de Anáhuac, venid!
Y al saludo triunfal de los cañones
La sien modesta de laurel ceñid!
Sobre las ruinas del fugaz Imperio
La República altiva se levanta,
Y á la asombrada faz del Hemisferio
El himno hermoso de su triunfo canta.
Y el águila de México altanera,
Águila soberana, sin corona,
Alce su vuelo á la remota esfera
Do el Sol destella su fulgente zona.
Y cubra con sus alas, prepotente,
Al grande Ciudadano que en la Historia
Ha grabado su gloria con la gloria
De México ya libre... independiente!





MI PATRIA

Como en la noche oscura,
De entre la bruma densa
Surgiendo el rayo pálido,
Alumbra la extensión,
Así de un ignorado
Espíritu que piensa
Un pensamiento brota
Que alumbra una Creación.
Así de un gran cerebro,
En meditar fecundo;
De un corazón henchido
De inspiración y fe;
Del seno tempestuoso
Del piélago profundo,
Al *hágase* del genio
El Nuevo-Mundo fué.
Surgió de la corona
De brumas del Océano,

Como la perla virgen
Que allí ocultara Dios;
Surgió como una estrella
Caída de esa mano
Que el manto de las noches
Con soles esmaltó.
Se alzó de sus aduares
De níveas cordilleras,
Con su guirnalda rica
De bosques sin confín,
Teniendo esa guirnalda
Por frondas sus palmeras,
Y por eternas flores
Mosaico de jardín.
Surgió al solemne arrullo
Del viento y de las olas,
Del cielo de los trópicos
Bajo el ardiente azul;
Sus gasas la prestaron
Arco-iris y aureolas,
Y el sol enamorado
La revistió de luz.
Así nació, cual diosa,
La reina de Occidente,
La cuna de mis padres,
La cuna de mi hogar,
Y así doblar la hicieron
La majestuosa frente,
Después de herir su seno,

Los hombres de ultramar.
La noche de los siglos
Pasó por su miseria
El látigo de un amo
Su carne ensangrentó.
Mas se cansó... y las crines
Del fiero León de Iberia
Terrible sacudiendo,
Ante ella le postró.
Así naciste, oh Patria!
Indómita amazona!
Así la gloria al mundo
Sonriendo te mostró.
Los soles de diez años
Formaron tu corona,
La sangre de tus héroes
La púrpura te dió.
Después, ya no tuviste
Más amo que tus leyes;
Entonce el extranjero
De nuevo te injurió;
Pero á su paso abriste
La tumba de sus reyes
Y allí, también cadáver,
La usurpación cayó.
¡Qué grande eres, mi Patria,
Qué indómita y qué bella!
¡Con qué orgulloso culto
Te adora el corazón!

Por cada flor en tu ara
Quisiera yo una estrella,
Y por ofrenda un mundo,
Y por diadema un sol!
¡Qué grande eres, mi Patria,
Qué bella tu memoria!
¡Cómo se alegra el alma
Tu nombre al pronunciar!
Tu lauro es nuestro lauro,
Tu gloria es nuestra gloria,
Tu amor es nuestro culto
Tu suelo es nuestro hogar.
Y mientras te circunden
Las olas del Oceano;
Mientras el cielo alumbre
Tu esplendoroso sol,
Será tu templo vivo
El pecho mexicano
Y te amaremos ¡Patria!
Con infinito amor.





ÁGUILA MEXICANA

Sobre tu frente indómita pusieron
Águila de Anahuac republicana,
La risible corona soberana,
Convirtiendo en harapo el pabellón.
Mas sacudiste la cerviz altiva
Y sangrienta y deshecha se derrumba...
Ved sus pedazos señalar la tumba
Del efímero y triste Emperador.

Jalapa, Septiembre 1867.





HIDALGO

Sacerdote de Dios, augusto anciano
Gloria y orgullo de la Patria mía,
Cuando en noche de horror y de agonía
Viste inclinar la frente al mexicano.
Frente á frente te alzaste del tirano,
Y desafiaste su arrogancia impía;
Era tu voz el trueno, y le seguía
Rayo mortal que fulminó tu mano.
Y se encendió la lid y sucumbiste;
Mas cayendo inmolado tú venciste,
Y tu suplicio, mártir, fué fecundo:
Hoy tu sombra gloriosa se levanta
Con un cetro en pedazos á su planta,
Sobre el inmenso pedestal de un mundo.

Jalapa, Septiembre 1867.



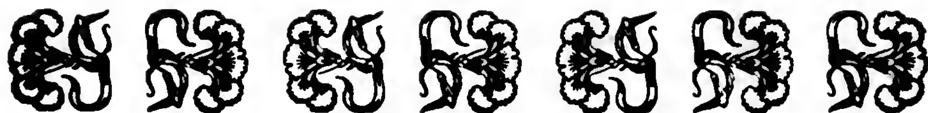


LA LIBERTAD

No hay más que tú! Tus bélicos pendones
Azota el vendaval de la victoria;
Te lleva Dios, y besará la gloria
La frente de tus ínclitas legiones.
No hay más que tú! Te esperan las naciones;
Y de amos y de reyes la memoria
El mundo sólo guardará en la Historia
Para arrojar allí sus maldiciones.
No hay más que tú, sublime triunfadora,
Augusta Libertad, rayo que envía
Del cielo la justicia vengadora
Para extirpar la odiosa tiranía:
Sol de la Libertad, está tu aurora
Bañando el cielo de la Patria mía...!

Jalapa, Septiembre 1867.





Á LA PATRIA

Dios te arrojó, mi Patria idolatrada,
Como una perla virgen, esplendente
En medio de los mares de Occidente
Para ser por Colón adivinada;
Vino Cortés, y su implacable espada
De sangre azteca derramó un torrente,
Y al yugo ibero doblegó tu frente,
¡Oh Reina del Anáhuac destronada!
Y pasaste los años, y pasaste
Siglos también en negra servidumbre;
Pero al grito de guerra que lanzaste
Tu Sol de gloria destelló su lumbre;
Y de esa luz bañada con el día
El mundo te contempla, Patria mía.

Septiembre 1868.



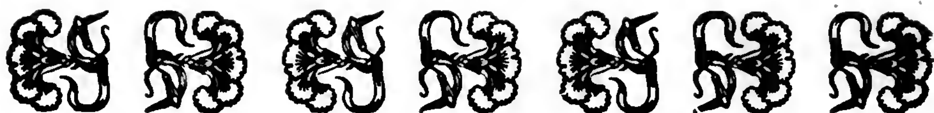


A LA PATRIA

Virgen del Septentrión, tierra querida
Con la sangre del héroe bautizada,
Patria del corazón idolatrada,
Hollada sí, pero jamás vencida;
Alza tu frente de laurel ceñida,
En luz de gloria y libertad bañada,
Al himno de tus triunfos arrullada,
Al eco de tu nombre enaltecida.
Truena tu voz, y se desprende el rayo
Y tuya es la victoria en la pelea...
Lo saben ya los hijos de Pelayo,
Lo aprendieron los héroes de Crimea
En la jornada del ilustre Mayo,
Lo sabe el mundo... que tu gloria sea!

Septiembre de 1868.





HIMNO PATRIÓTICO

PARA CANTARSE EN LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1878

Coro

De la Patria en el ara sagrada
De mil héroes la sangre cayó ;
Mas de allí, por la gloria alumbrada,
Nuestra vida de libres brotó.

1ª

De tres siglos la noche ominosa
Nuestra tierra infeliz envolvía,
Y entre hierros un pueblo vivía,
De ignorancia, miseria y baldón.
Mas de pronto, cual nube potente
Que su rayo flamígero lanza,
Grito airado de *muerte y venganza*
Recorrió la cautiva región.

2ª

Y en el pecho del mísero esclavo
Fué una chispa ese mágico grito,
Que en amor de la Patria bendito
Con indómita fe lo abrasó.
Y su yugo y sus férreas cadenas
Destrozando potentes sus brazos,
Vencedor en la lid, sus pedazos
Del tirano á la faz arrojó.

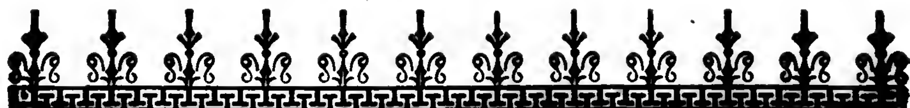
3ª

Gloria eterna al anciano sublime
Que gritó *Libertad* en Dolores!
Lauros mil y perfumes y flores
En su altar presurosos dejad!
Que por él una Patria tenemos,
Que por él nos llamamos hermanos,
Y orgullosos de ser mexicanos
Hoy podemos cantar « Libertad! »

De la Patria en el ara sagrada
De mil héroes la sangre cayó;
Mas de allí, por la gloria alumbrada,
Nuestra vida de libres brotó.

Septiembre de 1868.





PRIMAVERA

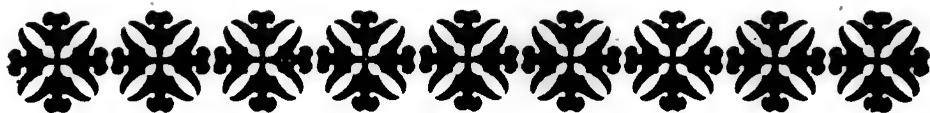
Se desliza la fértil primavera
Sobre el tapiz de sus fragantes rosas,
Trayendo en sus mañanas, melodiosas
Auras de amor á la Creación entera.

De mi Dios la sonrisa placentera
Se presiente en sus tardes deliciosas,
Y el cielo de sus noches rumorosas
Su sombra luminosa reverbera.

Una alma inmensa en la Creación palpita,
Y la vida á raudales le derrama
Y en oceanos de amor la precipita;
Y ante el Poder que al Universo inflama,
Poeta y creyente, el corazón me grita:
« ¡Ese es mi Dios, el que fecunda y ama! »

Marzo de 1864.





HIMNO SAGRADO

Mi Dios, tú eres grande! Los senos del caos
Al eco del *verbo* tornaste fecundos;
Cual granos de arena regaste los mundos,
Y al hombre prestaste tu imagen, Señor!
Mi Dios, tú eres Santo! Las almas sublimes
Que habitan el cielo te alaban en coro;
Las vírgenes blancas en cítaras de oro
—El tres veces *Santo* te cantan, mi Dios!
Señor, tú eres justo! Tú miras el crimen
Y el rayo tremendo de tu ira se inflama;
Y hieres la mano que sangre derrama,
Y el pecho que abriga cobarde traición.
Señor, tú eres bueno! Tú quieres la dicha
Del ser que á tu imagen benévolo hiciste;
El nombre de *padre* sublime quisiste,
Y el nombre de padre te da el corazón.

Alaben tus obras, bendigan tu nombre
El cielo y la tierra juntando su voz :
El canto del ángel y el ruego del hombre
Proclamen perennes la gloria de Dios.





CREO EN TI

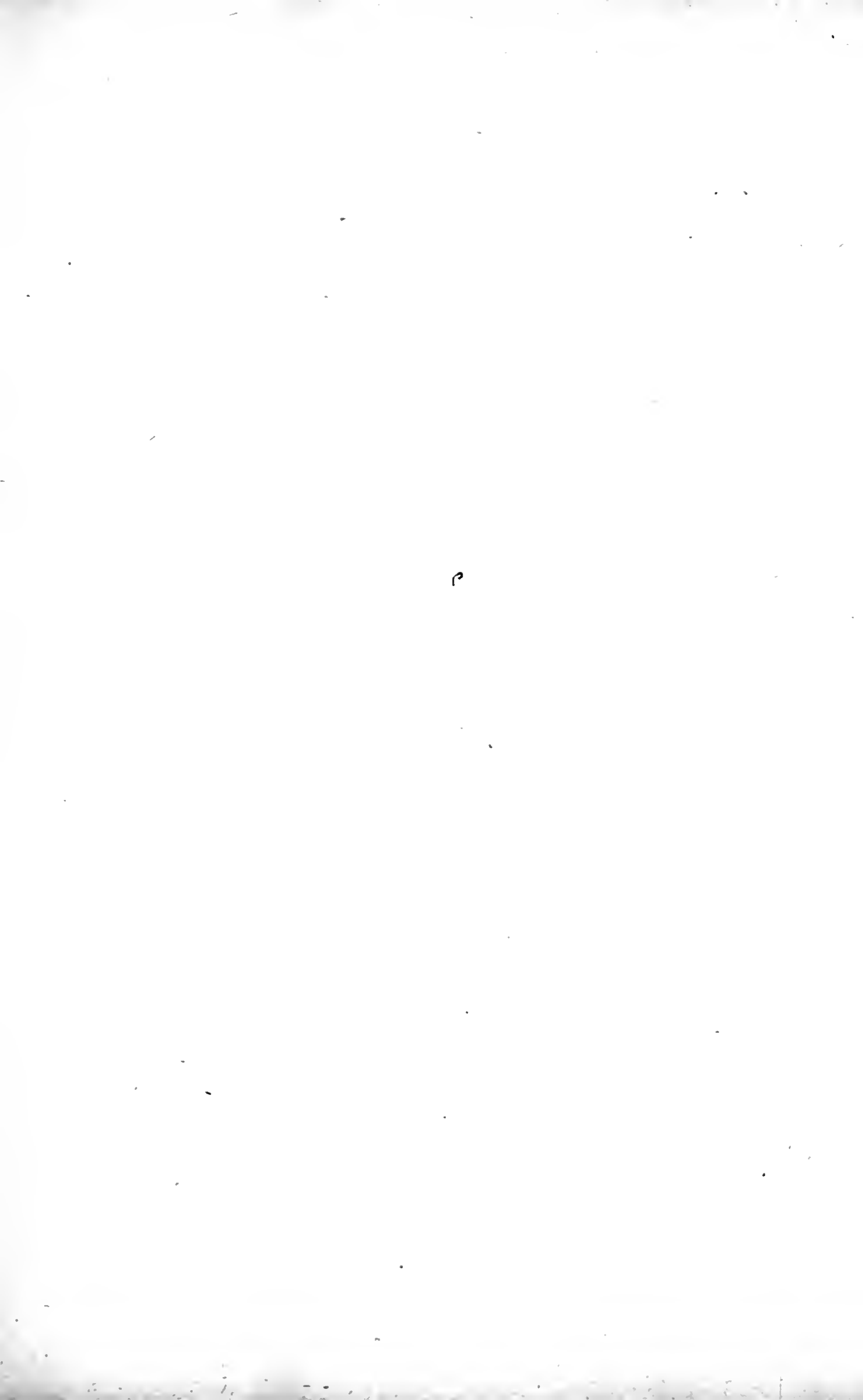
¿ Quién dice que no creo ?... ¿ Quién hasta el fondo
Del escondido corazón penetra ?
En el fondo del mío, letra por letra,
Escrita se halla esta palabra : Dios.
Cuando era niño mi inocente labio
Al pie del ara balbució ese nombre,
Después el alma férvida del hombre
Escrito en todas partes le encontró.
Y no sólo creo en ti, Dios de los mundos,
Cuando miro en la gran Naturaleza
Un reflejo no más de esa grandeza
Que un átomo de luz hace del Sol ;
No sólo cuando el alma arrebatada
En el vértigo audaz del pensamiento,
Como en alas del rayo, el firmamento
Sondea temblando de sagrado horror ;
No tan sólo, Señor, si oigo en el trueno
Que, rasgando el nublado, centellea

El rodar de tu carro que pasea
Llevando por corcel la tempestad;
No sólo cuando miro del relámpago
En la rápida luz fúlgida y roja
La rauda chispa que al pasar arroja
Ese carro á la negra inmensidad;
No sólo entonces creo, no sólo entonces
Mi espíritu, Señor, te vé y te siente...
Esto que pone pálida mi frente,
Esto que abrasa mi cerebro así,
Esta llama invisible y misteriosa,
Escondida en un átomo de tierra,
Y que lo eterno y lo infinito encierra,
Esta mi alma, Señor ¿no habla de ti?
¿No habla de ti, Señor, eso inefable
Y que parece descender del cielo,
Cuando el alma infeliz halla el consuelo
Que no encuentra en la tierra un gran dolor?
¿No habla de ti, Señor, la voz solemne
Que siempre se levanta en la conciencia?
¿No en el ara divina de la ciencia
La verdad tus misterios colocó?
¿No hablan de ti la cándida sonrisa
Y la mirada angélica del niño,
Y el casto beso del primer cariño,
Y la santa ternura paternal?
¿Qué no me hablan de ti, Dios de los buenos,
Con elocuente voz cada mañana,
Las bendiciones de mi madre anciana,

Santificando mi tranquilo hogar?
  Señor, tú eres mi Dios! tú bien lo sabes,
El corazón de un hijo no es ateo;
¿Cómo no te he de creer cuando te veo
Y te siento en mi propio corazón?
Señor, tú eres mi Dios! Pero es mi alma,
No mis cantares, lo que á ti levanto...
La palabra mortal no es para tanto,
Que es un átomo el hombre... y tú eres Dios!



DE PÁGINAS LOCAS





I

Te creí sueño ; y en el santuario
Del imposible
Te coloqué,
Y al pie de tu ara, sin esperanza,
Huérfana, el alma
Triste dejé.

Y el imposible tomó una forma,
Bajó la Diosa
Del pedestal,
Abrió sus alas, tomó mi alma,
Y nos perdimos
En lo ideal.

II

No te acuerdas?
Del bosque en la espesura
¡Cuál gorjeaban los pájaros cantores
Mirando tu hermosura,
Y oyéndome decir tantos amores?

¡Qué cuchichear el de las hojas suaves!
¡Qué pensativas se ponían las flores,
Y cómo hacían escándalo las aves!

Parloteaba en voz baja el arroyuelo,
Y el Sol, que una diadema te ceñía,
Acaso por mirarte detenía
Su voladora cuádriga en el cielo.

IV

No podíamos hablar ; oído atento
Escuchaba, y un ojo vigilante
Nos miraba constante.
Pero supimos vernos un momento,
Y un beso, nada más de pensamiento,
Te mandé con la brisa.

Le recibiste entre tus labios rojos...
¡Por qué, si nó, bajáronse tus ojos,
Y estremeció tu boca una sonrisa,
Y se cubrió tu frente de sonrojos ?...

VII

Un colibrí revolando
En torno de fresca rosa,
En sueños anoche ví :
Pero advertí, despertando,
Que la rosa era tu boca
Y mi beso el colibrí.

XII

Como fugaz relámpago que el seno
De la nube rasgó,
Así también por tu pupila negra
Una mirada inmensa atravesó.

A la luz del relámpago hasta el fondo
Del cielo ver creí...
¿Por qué á la luz de tu mirada el alma,
Hasta el fondo del alma, no te ví?...

XX

No me olvides — decía tu trinitaria,
Y nunca te olvidé.
Vives dentro de mi alma funeraria,
Única, inolvidable, solitaria,
Como la duda, cuando huyó la fe.

XV

¿Y para qué sentir?... Dónde se lanza
Sedienta todavía
Con sus alas ya rotas la Esperanza?...
El Sol que alumbra la existencia mía,
Sin calor, sin belleza, sin fulgores
En el ocaso, pálido, se pierde...

Dejad al corazón con sus dolores,
Que suspire, que llore, que se acuerde.

XXVI

He conocido una mujer tan bella
Que su faz parecía
El mismo cielo, cuando en él destella
La luz del claro día;
Pero era noche sin ninguna estrella
El alma que tenía.

XVIII

El ángel de la tarde, muerto el día,
Las gotas de sus alas en las flores
Sacude, y parte ante la noche umbría.
Así el ángel ideal de mis amores,
Cubierto de inmortal melancolía,
Sus alas sacudió, tendió su vuelo,
Y, anegándome en lágrimas el alma
Ante la realidad, volvióse al cielo.

XXVII

Pasó gentil y saludó risueña,
Con aire indiferente
Saludé y sonreí... Los dos estábamos
Delante de la gente;
¿Quién pudo adivinar un sufrimiento
En su risueña calma?...
¿Quién la temible tempestad que había
En el fondo de mi alma?...

XXI

En medio de las ruinas pavorosas
De un convento que yace solitario
En un valle desierto,
Dicen que por la noche vaga errante,
Arrastrando su pálido sudario,
El fantasma de un muerto.

Amedrenta en la sombra la pavura
De su paso sin ruido;
Y gime, y á lo lejos, espantado,
El eco le devuelve su gemido.

Así en mi corazón, que ennegreciendo
Está una noche funeraria y yerta,
Vaga el espectro de mi amor, gimiendo
Entre las ruinas de su dicha muerta.

XXIV

En un tiempo yo fuí como la estrofa
Ardiente, alada, fulgorosa, inquieta
Que arroja con sus lauros el poeta
Al pie de la hermosura
Que idolatrando está.

Ahora soy como el eco lastimero
De un adiós que se pierde en el olvido;
Soy un inmenso corazón herido
Que nada sobre el mundo
Ni nadie curará.

XI

Eres un cielo completo :
Con sus estrellas — tus ojos;
Con su noche — tus cabellos ;
Su aurora — tus labios rojos,
Y su tempestad — tus celos,
Y sus rayos — tus enojos.

XXV

Moriste, sí, moriste. Y si un gemido
Te dió por vez postrer mi alma llorosa
Después la noche del eterno olvido
Cayó sobre tu fosa.

Jamás te conocí... No sé tu nombre!
Pasión, llanto, placer... lo olvido todo;
Que no vale la lágrima de un hombre
Tu corazón de lodo.

Yo no sé perdonar. No me fué dada
Del Hombre-Dios la voluntad sublime,
Y no es mi alma, por ti crucificada,
Quien perdona y redime.

¡Maldita sea la lágrima que vierta
Por un recuerdo para siempre infame!
Que en mi boca la lengua quede yerta
Cada vez que te llame!

¡Que si pena tan vil yo no sofoco,
Tú la primera en el escarnio seas!
¡Que al recordarte, en mi cerebro loco
Estallen las ideas!

¡Que si otra vez esta pasión me vence,
Y mi labio otra vez tu labio toca,
Cada caricia tuya me avergüence,
Y me manche tu boca!

Y sea maldito el corazón que un día
Tan grande y noble te adoraba necio!...
Inmenso era el amor que te tenía!...
Mayor es mi desprecio.

XXIX

Después de los calores del Estío
Llega el Otoño triste,
Y el Invierno, por fin, yerto y sombrío;
Tal es la ley de todo lo que existe.
Y así pasa en el alma;
Después de mucho amor, mucho desvío;
Tras de la recia tempestad la calma.
Hoy en el corazón tenemos frío:
Llegó para nosotros ese invierno
De que nos olvidamos, al jurarnos
Aquel amor eterno.

XXVIII

Llevas en tu hermosura la ufanía;
En tu labio sonrisa y alegría;
En tu dulce mirar fascinación...
¡Lástima que en tu pecho, vida mía,
No lleves corazón

XXXI

Por tus caricias te diera un mundo,
Y por tus besos te diera un Sol.
¿ Qué no te diera si te ama tanto,
Qué no te diera mi corazón ?...

— De veras, dime, me dieras mucho ?
Tú sabes cuánto te quiero yo !...
Mas deja mundos y deja soles
Dame dinero... que es lo mejor.

XXXIV

Bequer.

¿ Calor en tus labios rojos
Sientes, si te veo, mi amada ?
Es que el alma enamorada
Como te h.bla con los ojos
Te besa con la mirada.

XXXIII

La noche de los trópicos sombría,
Negra es como el dolor, pero tan bella
Que ante el negro esplendor que viste ella
Es menos bello el esplendor del día.
Así, enlutada tú, pálida mía,
Mejor la luz de tu beldad destella,
Como brilla mejor la blanca estrella
En el crespón de la tiniebla fría.
Negro tu velo es, negra la hermosa
Diadema del cabello en tu cabeza,
Negros tus ojos de mirar de Diosa,
Y, llevada con regia gentileza,
Negra también tu vestidura airosa...
Es un astro en la noche tu belleza!

XXXVII

Si eres ángel, Amor, tiende tus alas
Y llévame en tu vuelo vagabundo
Lejos — lejos de aqui! Ya estoy cansado
De los tristes amores de este mundo.
Yo necesito amar y ser amado
Por una alma celeste que me entienda,
Que lo sublime del amor comprenda,
Que arranque mi alma del manchado suelo,
Y que la purifique, que la encienda
Y con su santo amor la lleve al cielo!

XXXIX

Luz de mi valle, aurora de mi cielo
Apenas en el velo
Que tiende la alborada en el espacio
Derramas tu soberbia pedrería
De ópalo y gualda, de rubí y topacio,
Cuando el Sol, que escondía
Su frente tras el monte,
Surge... y de luz se llena el horizonte,
Y vibra el éter y fulgura el día.
Su melena de fuego destrenzada
Del Infinito al poderoso aliento,
Se deshace en espléndida cascada
De átomos de oro y luz, por la argentada
Cúpula del sereno firmamento.
El monte azul destaca en la llanura
El enorme zafiro de su cumbre,
Y, así como el rubor de una hermosura,
Del Citlatépetl en la nieve pura
Juega el rubí de su purpúrea lumbre.

La luna, en tanto, solitaria y fría,
Como un ojo envidioso
Que á contemplar la dicha se resiste,
Vé de lejos el astro luminoso
Y, Sol espectro, envuelve su agonía
Entre las brumas del ocaso triste.

XLII

Duerme... Y el ángel del Señor, sus alas
Plegando silencioso,
Vela su sueño, el sueño de la virgen,
Inocente y dichoso.
Duerme, y el ángel que su sueño vela
Junto á ella se coloca;
Mas llega Amor callado, de puntillas,
Con el dedo en la boca.
¿Qué murmura al oído de la virgen
Que ella, quizá soñando,
Entre los brazos del Amor sonríe,
Mientras el ángel que veló su sueño
Se aleja sollozando?...

XLIV

Amo la Ciencia!... El esplendor sagrado
Que en su frente de Diosa reverbera
En sed ardiente el corazón altera,
Y ante su ara me tiene prosternado.
Yo sé que hasta su gloria el vuelo osado
El espíritu tiende en su carrera,
Pero llegar allí jamás espera
El que á mí por el cielo me fué dado.
Baste á la religión que te profeso,
Diosa de la Verdad, numen bendito,
De amarte y de cantarte el embeleso.
El poder de tu amor es infinito...
¡Deja, Ciencia inmortal, un solo beso
Sobre la humilde frente de un proscrito!

XLVIII

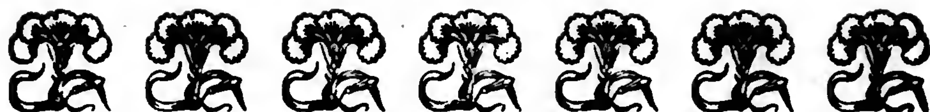
Basta de quejas y cobarde llanto!
Si el hombre es el penado del destino,
Temple su corazón en el quebranto
Y prosiga impasible su camino.
Sufrir y hacer sufrir — tal es su suerte
¿Por qué? — Sabrá el arcano
Cuando verdugo y mártir de su hermano,
Llame á las puertas de la negra muerte.

XLIX

La tierra, el aire azul, el claro día,
Tu pompa, tu esplendor, Naturaleza,
¿Qué son sino el magnífico regazo
Donde llora del hombre la tristeza?

Y ese cielo tan bello con sus soles,
Sus noches de oro y sus serenas calmas,
¿No es un ojo que mira indiferente
La eterna tempestad de nuestras almas?





EL CENTAURO

DE RAPP

Al Señor Lic. Cecilio Á. Robelo.

Rápido como el viento del Oeste
Que sopla en el desierto, y amoroso
Y sensual y soberbio como el genio
Salvaje y bello del amor agreste,
Joven Centauro de robar acaba
De su tranquilo hogar, allá en la aldea,
De entre los brazos del anciano esposo
Á la joven y bella Cimothea.
El grito del anciano aun á lo lejos
Impaciente y colérico resuena,
Y su eco con el ruido se confunde
De la carrera que veloz no enfrena
El fiero robador, que apenas hunde
Su casco rapidísimo en la arena.

Felice y orgulloso con la presa
Que en su poder ya tiene,
É impaciente de amor, dobla su brío
Y al llegar á la selva junto al río
Bajo las grandes sombras se detiene.
Aun laten sus ijares vigorosos
Con la impetuosidad de la carrera;
Es ardiente y cortado su resuello;
Por el robusto cuello
En anchas gotas el sudor le brilla;
Se dobla en sus jarretes, palpitante,
Su pata de caballo echa adelante
Y con la otra, gallardo, se arrodilla.
Entonces, á la joven que temblando
Sobre sus lomos poderosos yace,
Levanta con amor; contra su pecho,
Su pecho de hombre, con abrazo estrecho
La oprime cariñoso,
En ardientes suspiros se deshace,
Y tímido á la par que impetuoso,
Tan bella al contemplar su dulce presa,
Con temor á la vez que con encanto
Los negros ojos con pasión le besa,
Los negros ojos que humedece el llanto.
— « Nada temas — le dice — Cimothea.
Nada temas de mí; que no te espante
Tener ante tus plantas un amante
Que á tus caprichos someter desea
Juntas las fuerzas del corcel pujante,

Y las del hombre, dueño de la idea.
Oye : este corazón que ancho palpita
Del desierto en las torvas soledades,
Vale más, mucho más que el del que habita,
Vil y pobre mortal, vuestras Ciudades.
Doma tú mi salvaje independencia!
Te llevaré, feliz, á las riberas
Más frescas y más puras de los ríos;
Te buscaré la deliciosa sombra
De los sotos más plácidos y umbríos,
Y la musgosa alfombra
Que sueña para tálamo el deseo,
En las praderas que Aquelao fecunda,
Ó que riega magnífico el Peneo ».
« En mis robustos lomos asentada,
Mi gentil y amorosa compañera,
Tus brazos de marfil entrelazando
Con los anillos de ébano revueltos
De mi crínea y espesa cabellera,
Del raudo viento á la merced
Puedes, sin miedo, abandonar tus gracias
Al juego de las ondas y á su embate,
Sin que un Dios de la mar, á su honda gruta
De cristal y de perlas te arrebate.
Yo te amo para siempre, Cimothea.
Enjuga ya tus lágrimas hermosas,
Y sobre este amador tímido y bravo
Ensaya tu poder, dicta tus leyes,
Tú eres mi soberana... Soy tu esclavo ».

— « Oh! bello monstruo — dice Cimothea
Bañada en llanto — deja que me asombre.
Está lleno tu acento de dulzura,
Sabes frases de amor y de ternura,
¿Hablas y amas tú tal como el hombre?
Tus besos, tus caricias formidables
Qué... no me matarán?... Pero ¿no escuchas
El colérico grito ya cercano
De Dryas, mi viejo esposo?... Oye Centauro,
Son de hielo los besos de ese anciano,
Pero es cruel y terrible su venganza.
Sus dogos ya sobre tus huellas lanza,
Los siguen sus esclavos azuzados
Por su enojo, y ansiosos de encontrarte;
Cree mi palabra, teme por tu vida,
Apresúrate á huir... Déjame y parte! » —
— « Yo dejarte! — el Centauro le responde,
Y con ósculos férvidos sofoca
El doliente plañir de aquella boca
Que con sus labios al besarla esconde; —
Yo dejarte, mi bella Cimothea?
¿En dónde el héroe está, dónde el Alcides
Que venga á disputarme mi conquista?
¿No tengo acaso mi potente dardo,
Mi fuerte maza, mi veloz carrera?
¿No dió Neptuno al volador Centauro
Del huracán la indómita pujanza?... »
Y de súbito parte y se encabrita
Gallardo, ligerísimo y ufano

De su valor, su fuerza y su confianza.
Y lleva entre sus brazos vigorosos
Á su cautiva; mas con tal dulzura
Cual si en hamaca blanda se meciese
Bajo las altas copas de verdura,
Ó cual si el mismo Céfiro en el carro
De sus nubes de Abril la condujese.
Libre ya al parecer de los terrores
De la sorpresa, abandonada y ciega,
Á los trasportes tímidos y ardientes
De aquel amante singular se entrega.
Se detiene él de nuevo; y penetrada
Ella de viva admiración sin nombre,
Contempla cual Natura ha armonizado
Del corcel con las formas más hermosas,
El busto y las facciones majestuosas,
Al par que bellas, de la faz del hombre.
La inteligencia alumbra y reverbera
En aquella mirada
Tan dulce, al mismo tiempo que tan fiera.
Dentro aquel pecho varonil palpita
Un grande corazón, fuerte y sensible
Que por ella, mujer, arde y se agita,
Y cuyo fuego vivo y cariñoso
En sus altivos ojos centellea.
¡Qué esclavo tan salvaje y tan hermoso
Rendido ante el Amor de Cimothea!
Súbito deja de mirar, su frente
En sonrojo vivísimo se tiñe,

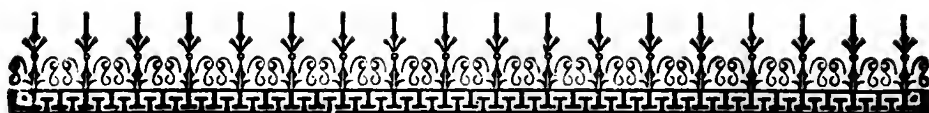
Su párpado se cierra; y como ardiente
Redobla él sus caricias, y desciñe
Su cintura, le dice suplicante :
— « Detente, por favor, bello Centauro,
Detente... ¿Qué, no escuchas el ladrido
De los perros de Dryas? Rauda la flecha
Ha pasado silbando á nuestro oído.
Oye; no te odio, no, mas te lo ruego,
Mi esposo va á llegar, teme sus iras,
Déjame, por piedad, déjame luego!
Sin embargo, ni Dryas, ni sus esclavos
Ni sus perros llegaban, ni el motivo
Era ese del espanto que tan vivo
De Cimothea en el rostro se pintaba.
El Centauro le dice sonriendo :
— « Cálmate, nada temas, dueño mío;
Ligeros vamos á cruzar el río
Y más allá seguros estaremos;
Ni te espante tampoco el sacrificio
Que á Venus poderosa
Del otro lado consagrar debemos.
¡Ay! muy pronto los bosques centenarios
No volverán á ver tal himeneo.
Víctimas nuestros padres sucumbieron
De las bodas de Tethis y Peleo;
Y nosotros, los últimos, los pocos
Que aun quedamos, errantes, solitarios,
Huyendo siempre vamos y dispersos,
No delante del hombre menos fuerte

Y menos que nosotros generoso,
Sino del Hado inexorable y ciego;
Huimos, aunque en vano, de la Muerte.
Leyes de la Naturaleza misteriosa
Así lo han decretado, y muy en breve
Desparecido habrá de la ancha tierra
Nuestra raza fortísima y hermosa ».
« Desheredado del amor fecundo
De los Dioses potentes é inmortales
Que le formaron, este pobre mundo
Tendrá que envejecer, y á los fuertes
Reemplazarán los débiles. El hombre,
Ya no podrá tener, envilecido,
De los primeros goces de la tierra,
Más que un vago recuerdo, un vano nombre.
Acaso tú eres, bella Cimothea,
La última hija del hombre destinada
Á juntarse á mi raza... Á ti me ligo :
Y si eres tú la última, á lo menos
Habrás sido también la más hermosa,
Como yo el más dichoso... Ven conmigo! » —
Así el hombre-corcel habla; y de nuevo
Colocando á la joven en su lomo,
Cuya piel negra y reluciente brilla
Cual rico manto de ébano, se lanza
En medio de las ondas resonantes
Del caudaloso río
Que en torno de él, rompiéndose encrespadas,
Chispean como una espuma de diamantes

Al último fulgor de un Sol de estío.
Con los ardientes ojos siempre fijos
En los ya tiernos de su dulce presa,
Nada, nada veloz, el río atraviesa,
Salta ligero, y galopando hermoso
Hacia el bosque que al pie de la montaña
Se extiende alegre, silencioso y verde,
Ebrio de fuerza, de placer y dicha,
Entre los grandes árboles se pierde.

Cuernavaca, Enero de 1883.





EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

Á LAS ESCUELAS MUNICIPALES DE CUERNAVACA

Falta á mis ojos luz. Opaco y triste
El cielo azul apaga sus fulgores
Y de un sudario pálido reviste
Ante mí la Creación. Ya la hermosura
Del fresco valle, del alzado monte,
De la feraz llanura
Y del vago perfil del horizonte
Entre la sombra de una bruma oscura
Despareciendo están: tiniebla fría
Va apagando del Sol los resplandores
Y para mí no tiene luz el día,
Ni el cielo estrellas, ni color las flores.
Falta fuerza á mi voz. La lira ruda,
Fácil en otro tiempo y vibradora,
Yace enlutada y muda;
Y si una nota á preludiar alcanza,

Triste será, como la voz que llora
La queja de un dolor sin esperanza;
Triste como la eterna despedida
Que da una alma cansada
Á todos los placeres de la vida...
En una tumba santa y adorada
Rota dejé mi lira y enlutada.
   Así, pues, perdonad si hay amargura
En la humilde palabra que levanto...
Pero nó, no la habrá... porque dulzura,
Porvenir, esperanzas y ternura
Es la niñez, y á la niñez le canto.
De mí por un instante
Me olvidaré por ti, niñez querida,
Así como se olvida
De la noche la sombra aterradora
Cuando aparece de esplendor vestida
En los cielos la frente de la aurora.
   Oh la grata niñez! Cuando te veo
Mi corazón se llena de cariño
Y, sin quererlo, el pensamiento vuela
Al dulce tiempo en que también fuí niño,
Y ocupaba los bancos de una escuela.
   Santas memorias de la edad primera
Bajo del techo del honrado padre;
Caricias y murmullo de oraciones
De la adorada madre,
Que besa y que bendice nuestra frente;
Y en medio de tan buenos cora zones,

Y del hogar en la apacible calma,
Abriéndose inocente,
Como una flor de primavera, el alma.
Abriéndose á las auras deliciosas
De la existencia en su primer mañana,
En campos de azucenas y de rosas;
Abriéndose á la fe de la creencia,
En medio de las nubes perfumadas
Del incienso, que flota en el santuario,
Y abriéndose al estudio y á la ciencia
Á la luz el modesto Silabario.
¿Sabes, niño, que es leer? Cuando te inclinas
Sobre tu pobre libro y deletreas,
Cuando más que comprendes adivinas
Lo que saber deseas,
Sin sospecharlo, niño, en ese instante
¿Sabes lo que haces ya? Sembrar ideas.
En el fecundo surco
Arroja, al parecer indiferente,
Su grano el labrador; por mucho tiempo
Queda allí la simiente
Escondida en la tierra que la abriga.
¿Fué inútil del labriego la fatiga,
Estéril su labor?. Nó, que ya llega
Y recoge, feliz, tras de la siega,
El oro generoso de la espiga.
Así también en el fecundo campo
Del alma inteligencia,
Aunque el hondo misterio no penetras,

Siembras ¡oh niño! el grano de las letras
Para coger la espiga de la ciencia.
Y la Ciencia no es sólo la diadema
Más noble, más fecunda, más grandiosa
Que á su frente de Diosa
Ciñe la Humanidad, hija del cielo;
No lauro estéril del orgullo humano;
La Ciencia es vida y luz; tiende su mano
Y arranca al rayo ardiente
Esa chispa que lleva la palabra
Desde el uno hasta el otro Continente.
En vano el mar rugiendo de coraje,
Al sentir en su espalda la barquilla,
Su crin de espuma sacudió salvaje
Y reventó su turbulento oleaje
En las quietas arenas de la orilla.
Presintiendo del hombre el poderío,
En su contra llamó las tempestades,
Hizo rodar el trueno en el vacío,
Abrió en la inmensidad sus soledades
De hondo misterio y de terror sombrío...
Todo en vano...
No veis allá á lo lejos,
Sobre las olas de rizada espuma,
Del magnífico Sol á los reflejos,
Tenderse el viento cual gallarda pluma
Blanco penacho de indecisa bruma?
Es el vapor! su pabellón de gloria
Protege al hombre sobre el mar perdido,

La inmensidad, el huracán, el trueno
La tempestad flamígera han huído,
Dragones de la mar ya no la guardan,...
El Mar está vencido!
Vencido está, como lo está la tierra,
Envuelta por doquier en la tendida
Red del alambre y del riël, arterias
Por donde corren, cual la sangre, el oro
El progreso y la vida,
Y, veloz cual relámpago, la idea
En las alas del rayo se pasea.
Y hasta la voz humana, la armonía,
Cuyo eco al viento se lanzó perdido,
Arrojan al través de la distancia
Su dulce vibración á nuestro oído.
Tú eres, Ciencia, del mundo la Señora:
¿Cómo no dominar las tempestades,
La centella y el piélago bravío,
Cuando el Sol detuviste en su carrera,
Y fijándole allí tu poderío,
Arrojaste á la tierra triunfadora
Á trazar voladora
Su curva gigantesca en el vacío?
Ciencia, tú eres poder, tú eres grandeza.
Por ti, sólo por ti pudiera el hombre,
Levantando soberbio la cabeza,
Llamarse hijo de Dios; tú eres la llama
Que nuestro frágil ser inmortaliza,
Y, trasformando en sacerdote al hombre,

Y en templo tu Creación, le diviniza.
Oh Ciencia! tú eres luz! Sobre esas frentes
Ceñidas todavía
Con las coronas blancas é inocentes
De la existencia en su primero día;
Sobre esas frentes do su huella impresa
Aun no ha dejado la pasión bastarda;
Sobre esas frentes que aun en sueños besa
El ángel cariñoso de la guarda;
Sobre ellas tus divinos esplendores
Derrama, sacra Ciencia, y tu tesoro,
Como una lluvia de luceros de oro
Sobre un vergel de primorosas flores.
Hijos del porvenir, niños ahora,
Hombres mañana, trabajad constantes,
En el risueño hogar brazos abiertos
Os esperan amantes.
La sociedad que tiene
En vosotros también los ojos fijos
Está esperando, y aun la Patria misma
Algo también espera de sus hijos.
Lo que el hogar espera es al esposo;
La sociedad espera al buen hermano;
La Patria, al Ciudadano.
Y vosotras las niñas, las sencillas
Flores de este vergel donde Dios quiso
Recordar las agrestes maravillas
Del fecundo jardín del Paraíso,
De este vergel que lleva la riqueza

Del trópico feraz en sus entrañas,
Y en que un Sol de oro con amor sazona
La rica miel de las sonantes cañas;
Donde pronto la gran Naturaleza
Tan exquisita aquí, tan generosa,
Verá rivalizar con su belleza
Por la mano del hombre derramadas
La abundancia, la paz y la riqueza.
Para vosotras, niñas, las vivientes
Rosas de este jardín, tan inocentes
Y puras como un búcaro de aromas,
Y tan tiernas así como el arrullo
Que exhalan en su nido las palomas;
Para vosotras, niñas, las modestas
Hijas del pueblo, pobres y sencillas,
El mundo no dará sus ricas fiestas,
Mas la virtud, el libro, el pensamiento
Pueden daros los goces del estudio,
Pueden daros los triunfos del talento.
Pueden daros también el cariñoso
Cómodo hogar, con el honrado esposo,
Y haceros á vos mismas
Con incansable amor, con regocijos,
Y de ese hogar en la risueña calma,
Maestras de vuestros hijos,
Los dulces hijos que idolatra el alma.
Niñez de las escuelas, esperanza
Del patrio porvenir, con fé y estudio
Y constancia y afán todo se alcanza.

Tenéis quien os instruya, quien os guíe
Del estudio en las sendas salvadoras:
Ilustrados maestros,
Instruidas y amantes profesoras.
El Estado, el Gobierno que ahora viene
Á premiar vuestro afán, que mucho os ama,
Y que con mano liberal derrama
Sobre vosotros cuando puede y tiene;
De vosotros espera
Sepáis corresponder á sus desvelos,
Y que lleguéis á ser, y Dios lo quiera,
La gloria del Estado de Morelos.

Diciembre 1883.





ÍNDICE

Poesías inéditas.

De « Páginas locas ».



PARÍS — IMPRENTA DE LA Vda DE CH. BOURET